

Selección



CLARK CARRADOS

EL MAL INFINITO

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

355 — Sollozos, *Lou Carrigan*.
356 — La aldea muerta, *Ralph Barby*.
357 — Una cripta para Jezabel, *Curtis Garland*.
358 — Contrato satánico, *Clark Carrados*.
359 — Vencida por el espanto, *Ada Coretti*.

CLARK CARRADOS

EL MAL INFINITO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 360
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 37.555 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Me había perdido, no cabía duda. Aquel camino no parecía conducir a ninguna parte y, una de dos: o no figuraba en el mapa o yo no había sabido identificarlo adecuadamente.

La atmósfera era densa, sofocante. Amenazaba tormenta. En el final del agobiante crepúsculo, todavía se podían divisar las negras nubes, henchidas, a punto de reventar. Si la tormenta descargaba y yo seguía todavía al descubierto, lo iba a pasar mal. Aquellas nubes parecían estar dispuestas a soltar una especie de segundo Diluvio Universal.

El camino pasaba por una especie de terraplén, a ambos lados del cual se veían las oscuras aguas de una charca, cuya extensión total no se podía adivinar tan siquiera. Fétidos olores subían de las aguas estancadas, mezcladas con algunos tenues vapores, que no se podía asegurar procediesen exclusivamente de la evaporación del liquido. Yo me dije que tenía que seguir adelante; porque, perdido o no, ya no podía hallarme muy lejos del objetivo.

Cayeron las primeras gotas. En lo alto retumbó un fragoroso trueno, cuyos ecos se alejaron lentamente, con el mismo sonido que cien carros ferrados rodando por encima de planchas de metal. De pronto, observé un movimiento en la laguna, a mi derecha.

Algo surcaba las aguas con cierta velocidad. Me pareció entrever dos ojos fosforescentes y una enorme masa, de contornos mal definidos, pero la visión duró muy poco, ya que la cosa, fuese lo que fuese, se salió muy pronto del campo iluminado por los focos de mi automóvil.

Avancé cien metros más. De pronto, vi surgir un fantasma.

¿Un fantasma?

Apareció por encima de las copas de los árboles que formaban aquel espeso bosque y movía los brazos verdosos, como el resto del cuerpo. En su rostro, si aquello podía llamarse de ese modo, brillaban dos ojos de color rojo vivo.

Era una visión estremecedora, terrorífica. Sin poder contenerme, paré el coche.

El fantasma seguía ascendiendo en el cielo. Por encima del viento que ya soplaba con cierta fuerza, y del ruido de las hojas de los árboles, me pareció escuchar distantes gritos de pánico.

En aquel momento, descargó la tormenta.

Empezó a llover de golpe, como si las nubes fuesen depósitos repletos de líquido y todas hubiesen reventado a la vez. Tuve que despreocuparme del fantasma, que era, en todo caso, un ser inmaterial, para atender a un ser de carne y hueso, que era yo.

Cerré la ventanilla lateral y accioné la tecla del limpiaparabrisas, mientras seguía avanzando a poca velocidad. Delante de mí sólo había una cortina líquida, que impedía la visión a más de diez pasos.

Empecé a sentir temores de quedar atascado en cualquier punto del camino. En otro lugar no me habría importado pasar la noche allí mismo; pero tanto a derecha como izquierda había agua... y con la tormenta se podía producir una repentina crecida, cuyos efectos no habrían resultado beneficiosos precisamente. Mientras el motor funcionase, y estaba en buenas condiciones y tenía más de medio depósito lleno, no debía detenerme en absoluto.

Y entonces, cuando ya desesperaba de encontrar un agradable final de ruta, vi la luz.

* * *

Salte del coche y corrí hacia la puerta de la casa, que golpeé con ambos puño. A mi alrededor, el ruido de la lluvia, alternado con el de los truenos que precedían a los relámpagos, era ensordecedor.

—¡Abran! ¡Por favor, abran! —grité a voz en cuello.

Había alguien en la casa, era indudable. La luz seguía encendida en el primer piso. Pero si no me oían, rompería una de las ventanas de la planta baja. Ya me disculparía más tarde.

La puerta se abrió repentinamente. Un chorro de luz salió al exterior. En aquel marco brillante, apareció una mujer.

—Pase —dijo.

Crucé el umbral, sacudiéndome como un perro mojado.

—Le ruego me dispense, señora. Mc he extraviado...

Ella sonrió.

—Con esta noche, es lógico —respondió—. Tenga la bondad de seguirme; se secará al fuego.

La contemplé furtivamente mientras me precedía a través del amplio vestíbulo, hasta un gran salón, con chimenea, en la que ardía un enorme fuego. Era una mujer de unos treinta años, alta, esbelta, de cuerpo netamente femenino y pelo muy rubio, liso y recogido en un moño. El color del pelo contrastaba agradablemente con el negro del vestido largo, con cuello y puños blancos, que le sentaba maravillosamente a una silueta con contornos de diosa.

Ella se acercó a una mesa provista de servicios de licores, mientras yo me aproximaba a la chimenea, incongruentemente encendida en aquella época.

—Está usted en Slattery House —dijo la mujer—. Soy Amanda Cordwainer.

—Neil Eakin —me presenté—. Gracias por su hospitalidad, señora Cordwainer.

Amanda sonrió discretamente, mientras me tendía una copa de brandy, dorado y transparente, que despedía un agradable perfume.

—Tendrá que quedarse aquí esta noche, señor Eakin. La tormenta no lleva trazas de amainar y los caminos se ponen intransitables en estas ocasiones. Iré

a prepararle su habitación ahora mismo.

—No quisiera molestar, señora —dije—. Me basta con un diván...

Ella volvió a sonreír.

—Será un placer tenerle como huésped murmuró.

Yo me quedé solo. Un vivo fulgor penetró a través de los cristales de las ventanas, sobre los cuales resbalaba el agua a torrentes. El trueno, segundos después, los hizo vibrar sordamente.

El coñac derramó un agradable calorcillo en el interior de mi cuerpo. Vi una cigarrera sobre una mesa y la abrí, para encender un cigarrillo, mientras pensaba en los resultados de una sorprendente casualidad. Yo estaba en Slattery House, uno de los dos lugares a los que me dirigía. Había llegado allí sin necesidad de hacer preguntas a nadie. Mi trabajo, por tanto, pensé, no podía empezar con mejor pie.

Pasaron unos minutos. De pronto, Amanda apareció con una bandeja en las manos.

—He preparado algo de fiambre, señor Eakin —dijo con su voz mesurada y bien modulada—. Supongo que no habrá tenido tiempo de cenar y por eso me he permitido la libertad de traerle estos manjares.

—Señora Cordwainer, no sé cómo darle las gracias.

—Cuando sienta deseos de acostarse, tire del cordón junto a la puerta. Le enseñaré su habitación.

—Mi equipaje está en el coche. Saldré después de buscarlo.

La puerta del salón se abrió en aquel momento.

—Amanda, ¿quién ha venido? —exclamó el hombre.

Yo acababa de sentarme frente a la mesa y volví a ponerme en pie. El recién llegado era un sujeto muy alto, casi dos metros, delgado, pero fuerte y bien proporcionado, de pelo rojizo, nariz aguileña y ojos que me parecieron fosforescentes. Vestía una chaqueta corta de terciopelo color vino y pañuelo de seda blanca al cuello. Incongruentemente, sus zapatos ponían una nota que discordaba en aquel impecable atuendo: estaban manchados de barro.

—Señor Slattery, le presento al señor Eakin —dijo Amanda gravemente—. La tormenta hizo extraviar su camino y solicitó hospitalidad por esta noche, cosa que yo me atreví a conceder por mi cuenta.

—Hizo bien, Amanda —dijo el hombre—. Celebro conocerle, señor Eakin. Mi casa es suya.

Hice una inclinación de cabeza.

—Mil gracias, señor Slattery —contesté.

—Su coche quedó fuera. Si me lo permite, lo llevaré al garaje. Demasiada agua podría afectar los circuitos eléctricos. —No sé cómo darles las gracias por sus bondades... —La Biblia habla algo sobre dar posada al peregrino —sonrió Slattery—. ¿Las llaves del coche, señor Eakin? —Están puestas —respondí.

—Gracias, buenas noches.

Amanda salió también. Yo me quedé solo. Tenía apetito y ataqué los

fiambres que, estimé, eran de la mejor calidad, lo mismo que la botella de buen vino francés que los acompañaba y a la que hice los honores debidos.

Al terminar, me sentí invadido por una dulce somnolencia. No obstante, todavía me quedaron fuerzas para tirar del cordón. Amanda me acompañó al dormitorio, situado en el primer piso en el que observé con sorpresa se hallaba ya mi equipaje.

Apenas si tuve tiempo de sacar un pijama y la bata. Cuando caí sobre el lecho, empecé a percatarme de que aquel sueño no era natural. Me sentía muy débil, apenas sin fuerzas. Vagamente pensé en un narcótico mezclado con el vino, muy suave, desde luego, pero efectivo. Sin embargo, mi mente dejó de funcionar casi instantáneamente y me dormí como un tronco.

* * *

Algo me despertó súbitamente.

El alarido ¿era real o producto de una pesadilla?

Venía de alguna parte y parecía atravesar las paredes como si fuesen de papel. Pero se apagó casi en el acto. Parecía como si alguien hubiese tapado bruscamente la boca de la persona que gritaba.

La lluvia continuaba cayendo, todavía muy espesa, aun que ya de temporal, como si se hubiese estabilizado. Yo me di cuenta de que estaba completamente despierto.

No lejos de mí escuché una voz:

—Este maldito entrometido... ¿Qué hacemos con él ahora?

—Hay una solución —contestó el otro hombre.

Pero no pude oír cuál era la solución; las voces se transformaron en murmullos ininteligibles que se alejaron rápidamente.

Miré mi reloj; eran ¡as dos de la madrugada. Había dormido, por tanto, cuatro horas, ya que me había acostado a las diez. Entonces recordé el vino narcotizado. Si querían que pasara toda la noche durmiendo, se habían equivocado. Estaba más despierto que nunca.

En la casa reinaba un silencio absoluto. Sólo se percibía el ruido de la lluvia que caía densa, pero mansa y regularmente.

Me levanté, porquera cena me había dado sed, y busqué el cuarto de baño, donde bebí agua. Luego saqué tabaco, encendí un cigarrillo y apagué la luz.

Me pregunté si la idea había sido buena. El editor la había aprobado, desde luego. El libro podía resultar un éxito de ventas. Sólo tenía que reunir los datos necesarios y empezar a escribir.

Por el momento, me hallaba en Slattery House, uno de los dos objetivos. El dueño descendía de los primeros Slattery. Debería actuar con mucho tacto para no herir sus sentimientos.

Transcurrió un largo rato, durante el cual me entregué a mis reflexiones. De pronto, me pareció oír pasos en el corredor.

Los pasos empezaron a sonar al final de la escalera, llegaron ante la puerta

de mi dormitorio y se detuvieron unos segundos. Yo permanecí inmóvil, con la luz apagada, simulando dormir.

La puerta se abrió un instante y una larga hendidura de luz penetró hasta mi lecho y dio de lleno en mis ojos. Lo percibí a través de los párpados cerrados, mientras procuraba respirar con regularidad.

A los pocos instantes, se cerró la puerta. Los pasos se alejaron. ¿Quién me había espiado?

Dejé pasar algunos minutos. Luego, con no menor sigilo, me levanté de la cama y, a oscuras, fui hacia la puerta, que abrí con infinito cuidado.

Un extraño olor me asaltó de inmediato. Tardé algunos segundos en identificarlo. Era el olor de la ciénaga que había atravesado para llegar a Slattery House.

En el sudo, nítidamente marcadas, se veían unas huellas de pasos, dados por una persona que no se había cambiado de calzado, después de estar en fuera de la casa y pisar el suelo mojado. Las huellas concluían ante la puerta de otro de los dormitorios..

De pronto vi brillar un objeto que llamó mi atención de inmediato. Era una navajita, un cortaplumas, mejor dicho, bastante viejo ya, pero, no obstante, en perfecto uso. Me incliné para recogerla y entonces aprecié en él dos iniciales: W. P.

Guardé la navajita y regresé a mi lecho. A los pocos momentos, sentí que me invadía nuevamente el sueño y acabé por dormirme de nuevo como un tronco.

CAPITULO II

El día amaneció espléndido, radiante, sin una sola nube en el cielo, anunciando elevadas temperaturas para el resto de la jornada. Yo me encontraba en magníficas condiciones después de dormir hasta las ocho de la mañana y, apenas hube terminado mi aseo, bajé al salón.

En el vestíbulo divisé a un hombre que me miró con curiosidad. Aparentaba unos cuarenta y cinco años, era bajo, muy fornido y de cara redonda, cuyo rasgo principal eran las cejas, muy espesas y sin apenas intervalo entre las dos.

—Buenos días, señor —me saludó cortésmente—. Tenga la bondad de pasar al salón; ahora mismo avisaré a la señora Cordwainer. ¡Ah!, soy Rudolph, el mozo para todo de esta casa.

—Celebro conocerle, Rudolph —respondí.

El hombre me dedicó una ligera inclinación de cabeza y se marchó. Yo fui al salón. La chimenea estaba ya apagada y sólo quedaban cenizas. A través de una de las ventanas pude apreciar el espeso panorama de bosques que rodeaba Slattery House. Pese a la limpieza del cielo, por encima de las ropas de los árboles se divisaba una tenue neblina amarillenta, procedente, sin la menor duda, de la cercana ciénaga.

Amanda entró a los pocos momentos. Ahora llevaba puesto un vestido muy distinto, de falda corta, lo que permitía ver unas piernas agradablemente torneadas. El escote era de cierta amplitud y ello hacía que se viese el arranque de los senos, firmes, blancos y perfectamente redondos. Una mujer muy atractiva en todos los sentidos, pensé.

—Buenos días, señor Eakin —saludó afablemente—. ¿Ha descansado bien?

—Maravillosamente —contesté—. No sé cómo darles las gracias...

—Era nuestra obligación —dijo ella, a la vez que empezaba a servirme el desayuno. Se inclinaba muy cerca de mí y podía percibir el suave perfume que se desprendía de su cuerpo y la tenue calidez de sus senos—. Pero el tiempo ha cambiado y hoy hará un día espléndido.

—Eso espero, lo cual me evitará que vuelva a extraviarme por segunda vez.

—¿Adónde se dirigía, si no es indiscreción?

—No lo es —repuse—. A decir verdad, voy a Sweetville, pero tenía la intención de acercarme aquí, A Slattery House.

Y también a Rutledge Hall.

Amanda dejó de sonreír en el acto.

—¿Piensa ir a Rutledge Hall? —preguntó.

—Ciertamente. Soy escritor, de Atlanta, concretamente. Mi editor tiene interés en que se publique un libro con la historia de la enemistad entre los Slattery y los Rutledge, enemistad que data de los tiempos en que estas tierras

pertenecían aún a la corona británica. Estas cosas gustan al público y más si es el del Sur, señora Cordwainer,

Eli hizo un gesto dubitativo.

—No sé si al señor Slattery le agradará...

—Hablaré con él —manifesté.

—Hoy, imposible. Está de viaje.

—Bueno, no tengo ninguna prisa. Pienso residir en Sweetville durante algún tiempo. ¿Hay teléfono en la casa?

—Sí, claro.

—Entonces, ya me pondré en contacto con el señor Slattery. Anoche no quise mencionar el tema; no me pareció el momento adecuado. ¿Puede recomendarme un hotel en Sweetville?

—El General Lee —Amanda sonrió—. Estamos en el Sur, no lo olvide.

—Muy cierto. Y yo también soy sureño. Lo que no comprendo es cómo pude extraviarme...

—Usted rebasó la desviación que conduce al pueblo y tomó por el camino que atraviesa la laguna. La desviación queda trescientos metros más atrás —indicó Amanda.

—Bueno, regresaré por el mismo sitio...

—No es necesario. Hay Otro camino que casi es continuación del mismo. Sweetville queda así a menos de una milla. Ya se lo señalaré cuando haya terminado de desayunar.

—Es usted muy amable. No sabe cuánto lamento las molestias que les causo, señora Cordwainer.

—Al contrario, es un placer.

Media hora más tarde, Rudolph bajó mi equipaje del dormitorio y lo colocó en el maletero del coche, ya situado ante la puerta de la casa. Me pregunté si era Rudolph el hombre que había mencionado algo sobre un «maldito entrometido». La navaja, desde luego, no era suya. Ya me había enterado del apellido de Rudolph, Deacon, y las iniciales del cortaplumas no coincidían en absoluto con las del mozo para todo de Slattery House.

Minutos más tarde me despedía de Amanda, quien ya me había indicado el camino que debía seguir para dirigirme a Sweetville, situada a menos de una milla en línea recta. Pero el camino hacía un poco de rodeo, lo que aumentaba la distancia en media milla más.

El coche arrancó satisfactoriamente. El camino estaba sombreado por árboles de frondosa copa y, aunque de tierra, tenía un piso sin demasiados baches. Todavía quedaba bastante humedad y abundaban los trozos con barro. Entonces, pensé en los zapatos embarrados de Slattery.

Tres cuartos de milla más adelante divisé un poste indicador con un rótulo que señalaba el camino hacia Rutledge Hall y lo situaba a seiscientos metros del lugar en que me hallaba. Sin vacilar, viré a la derecha y me adentré por otro camino análogo al primero.

Rutledge Hall se me apareció de pronto, al salir de una curva; un edificio

blanco, resplandeciente, con el típico encanto de las mansiones del Sur. A un lado de la casa había un gran estanque en el que nadaban algunos cisnes de nívea blancura. Había sauces llorones, frondosos magnolios y abundancia de rosas, sobre todo blancas.

Parecíame estar ante una estampa del siglo pasado. Ahora aparecían los elegantes caballeros y las damas con sus pamelas y sus crinolinas, y hasta algún arrogante uniforme, mientras los criados negros repartían frescos julepes de menta. En alguna parte de la casa, una delicada damisela estaría sentada al piano, interpretando alguna polonesa de Chopin o Para Elisa, de Beethoven mientras su galante caballero la contemplaba arrobado.

Pero no era más que una ilusión. El hechizo quedaba roto instantáneamente cuando se veía a la mujer con sombrero de palma, bastante deteriorado, todo hay que decirlo, camisa a cuadros y pantalones vaqueros desteñidos. Estaba de espaldas a mí y parecía muy afanada en cuidar un gran rosal.

El coche no había hecho apenas ruido y ella no supo de mi presencia hasta que me detuve a su lado.

—Hola —dije—. Busco a la dueña de Rutledge Hall.

Ella se volvió en el acto. Entonces aprecié que se trataba de una encantadora joven, de poco más de veinte años, de excelente estatura y silueta muy atractiva. El pelo era intensamente negro y las pupilas de sus ojos, grandes y rasgados, tenían un maravilloso color verde.

Al sonreír, mostraba unos hoyuelos muy atractivos. Pensé que formaría parte de la servidumbre de la casa.

—Yo soy la dueña de Rutledge Hall —contestó—. Y June es mi nombre. ¿Quién es usted?

Ella debió apreciar mi cara de estupefacción, porque se echó a reír.

—¿Acaso esperaba verme columpiándome o en una hamaca, mientras decenas de criados hacían todas las labores de la casa? —añadió jovialmente.

—Bueno, me siento un poco desconcertado... Soy Neil Eakin, escritor.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿Puedo servirle en algo?

Abrí la portezuela y salté del coche.

—He venido para escribir un libro sobre la rivalidad entre los Slattery y los Rutledge —manifesté.

Los ojos de la chica expresaron una sorpresa algo burlona.

—Parece como si en el Sur no hubieran existido jamás otras familias, señor Eakin —contestó.

—Es una enemistad famosa, pero de la cual se conocen muy pocos detalles — declaré.

—Y ha venido para destripar toda la historia.

La palabra «destripar» me sorprendió. June volvió a reír.

—¿De veras cree que ese argumentó tiene interés? —preguntó.

—Lo sabremos cuando se publique el libro —repuse.

De pronto, June dejó a un lado la tijera de podar y se quitó los gruesos guantes con que protegía sus manos.

—Venga —dijo.

Seguí a la joven. Cuando llegábamos a la casa, un hombre de color, con el pelo ya blanco, apareció en la puerta.

—Señorita...

—Jethro, éste es el señor Eakin, escritor—dijo June—. Señor Eakin, le presento a la «servidumbre» de Rutledge Hall —añadió suavemente irónica.

—Encantado —dije.

—Es un placer, señor Eakin —contestó Jethro—. ¿Les sirvo algo, señorita?

—Sí, café; en la biblioteca, por favor.

La casa era enorme, bien cuidada, con la misma decoración de cien años atrás. Si había padecido durante la guerra civil, no cabía la menor duda de que la restauración había sido absoluta.

June me condujo hasta una amplia biblioteca, con grandes estanterías, repletas de volúmenes. Encima de un artístico atril, blanco marfil y oro, había un libro.

—Ese es el catálogo y está al día —indicó. Hizo un gran ademán—. La biblioteca es suya, señor Eakin.

—Debo suponer que no tiene usted ningún inconveniente en que escriba sobre la historia de esa enemistad entre dos familias —dije.

—Puede escribir todo lo que guste sobre el tema, excepto de la época actual —contestó June. Ahora estaba muy seria—. La enemistad continúa —añadió.

Jethro entró en aquel momento con una bandeja en las manos. Era de plata, como el servicio de café.

—Deja, yo atenderé al señor Eakin —dijo ella.

—Bien, señorita.

June sonrió.

—Veo que se siente sorprendido por lo que acabo de decirle.

—Lo admito —respondí—. Sin embargo, no veo qué motivos pueden existir para seguir manteniendo la enemistad actualmente. Si me permite que le haga esta observación, claro.

—Por mí, el problema estaría resuelto. No tengo por qué alimentar el fuego de una rencilla que se inició hace más de doscientos años. Pero el actual Slattery parece que le encuentra mucho gusto a la situación —June me entregó una taza humeante con su platillo—. Y yo, lógicamente, debo mantenerme a la defensiva.

—Comprendo... En su opinión, señorita Rutledge, ¿quién fue el culpable de la enemistad? ¿Uno de sus antepasados? ¿Un Slattery?

Ella pareció quedarse muy pensativa.

—Yo diría que la culpa es de ambas familias —respondió.

—¿Por qué?

De pronto, se oyó ruido en el exterior. Alguien tocó la bocina de un automóvil.

Jethro abrió la puerta de la biblioteca.

—Señorita, afuera está el comisario Frampton con un grupo de hombres —anunció—. El comisario quiere hablar con usted.

June echó a andar hacia la puerta, erguida, enérgica.

—Le recibiré en persona. No quiero que manchen el vestíbulo con sus botazas —dijo—. Discúlpeme un momento, señor Eakin —añadió por encima del hombro.

* * *

June había dejado entreabierta la puerta de la biblioteca y pude contemplar al comisario, que se había detenido en el umbral. Más allá, en torno a dos coches, se divisaba un grupo de hombres de aspecto poco amistoso, armados con rifles y escopetas. Daban la sensación de ser una partida de linchamiento, dispuestos a colgar a un pobre negro por el imperdonable delito de haber respirado el mismo aire que una mujer blanca. En el profundo Sur, a veces, ocurrían aún cosas semejantes, pero no se aireaban apenas.

—Estamos buscando a un hombre, señorita —dijo Frampton, bajo, grueso, abundante en sudor—. Anoche salió de su casa, poco antes de la tormenta. Pensamos que podría haberse refugiado aquí...

—No, lo siento, no vino nadie —contestó June.

—Tal vez cayó en la ciénaga, y el monstruo...

June se indignó.

—¡El monstruo! —repitió—. Pero, ¿cree todavía en esas fábulas, comisario?

—Algunos le han visto, señorita —respondió Frampton con vos tensa.

—Han «creído» verle, que no es lo mismo.

—Usted es muy escéptica, señorita Rutledge. No irá a decirme tampoco que no vio anoche al fantasma.

June lanzó una ruidosa carcajada.

—¡Pues claro que lo vi! —contestó—. Usted se metería en la cama y se taparía hasta la cabeza con las mantas, ¿verdad?

—No se debe bromear con las cosas sobrenaturales, señorita —dijo Frampton gravemente—. En fin, puesto que no ha visto a ese individuo, no queremos molestarla más. Dispénsenos.

—No hay de qué —respondió ella—. Por cierto, ¿han estado en Slattery House?

—Sí, señorita. Tampoco allí saben nada.

—¡Oh, lo siento! ¿Cómo ha dicho que se llama el desaparecido? No se lo he oído, comisario.

—Walter Peacock, señorita. Buenos días.

CAPITULO III

June regresó a la biblioteca y se sirvió una segunda taza de café.

—Habrá oído al comisario, supongo —dijo tranquilamente.

—Pues...

—Dejé la puerta entreabierta a propósito.

—Entonces, no tengo motivos para negarlo —sonreí.

—Y así se ha enterado de la superstición que cree en el monstruo que habita en la laguna y en el fantasma que se eleva en la noche.

—Respecto al monstruo, puedo decirle que yo vi algo extraño anoche, cuando cruzaba el camino de terraplén que hay antes de llegar a Slattery House. Me había perdido y, por fortuna, me concedieron hospitalidad en esa casa.

June se sorprendió al oírme hablar de ese modo.

—Ha estado allí...

—Espero que no le moleste. Me extravié, poco antes de que empezase la tormenta. Allí me han acogido con gran amabilidad y sólo puedo hacer elogios de su comportamiento.

—Bueno, no tengo por qué reprochárselo —sonrió ella—. Yo habría hecho lo mismo, si hubiese llamado a la puerta de mi casa. Pero ha dicho que vio algo en la ciénaga.

—O quizá fue una ilusión. De todos modos, estoy menos seguro que del fantasma. Ese si lo vi, con absoluta claridad.

La risa asomó a los ojos de June.

—El fantasma... Esos crédulos pueblerinos... Le diré de qué se trata realmente, si me promete no revelar el secreto.

—Callaré, se lo juro.

—A estas alturas... —June meneó la cabeza—. Parece mentira que exista todavía gente tan crédula... ¡Es una cometa, hombre!

Yo me quedé con la boca abierta un instante. De pronto, al recordar la visión, comprendí que no podía ser otra cosa y me eché a reír.

—Por lo visto, Slattery se divierte a costa de los habitantes de Sweetville —comenté.

—No lo hace sin un motivo, aunque nunca he conseguido averiguarlo —repuso ella—. Pero a mí me importa muy poco, se lo aseguro.

—Celebro su independencia de espíritu. Y ahora, ¿puedo decirle una cosa, también confidencialmente?

—Claro. ¿De qué se trata?

Hice un gesto con la cabeza.

—Me siento aún muy confuso —declaré—. Anoche, en Slattery House, oí voces. Una de ellas pertenecía al dueño de la casa. La otra, sin duda alguna, era de Rudolph. Hablaban de un entrometido y de que había una solución, aunque no pude saber en qué consistía. Luego, mucho más tarde, salí al

pasillo y encontré esto.

Le enseñé la navaja. June vio las iniciales y lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Walter Peacock!

—Las iniciales coinciden, ¿no le parece?

—Sí. ¿Ha mencionado el incidente allí?

—No. No me he atrevido.

—No lo mencione. Lo que suceda o pueda suceder en Slattery House no es de nuestra incumbencia.

—Pero si se trata de un asesinato...

—Deje que lo solucione Frampton. Si puede.

Hice un gesto ambiguo.

—Supongo que se trata de asuntos propios de una pequeña comarca, en la cual los extraños no deben meter su nariz —dije.

—Algo por el estilo —convino ella—. Señor Eakin, ya lo sabe: la biblioteca es suya.

Yo hubiera querido saber más detalles de boca de June, pero la chica no parecía dispuesta a seguir hablando por mucho tiempo y, por otra parte, el conocimiento recíproco era demasiado reciente. Quedaban días por delante, pensé.

—Si le parece bien, iré a alojarme en el pueblo —declaré—. También me interesa conocer el ambiente local.

—De acuerdo, pero acepte este consejo: los forasteros no son muy apreciados en Sweetville. El nombre, Villadulce, es muy bonito, pero no se corresponde en absoluto a la realidad. El aprecio que puedan sentir hacia usted es semejante al que sienten hacia los negros.

—Se lo toman demasiado a pecho, ¿verdad?

—Jethro es el único hombre de color que queda en la comarca —respondió ella heladamente.

* * *

Las primeras impresiones sobre Sweetville y sus habitantes no podían ser más desagradables. En aquella comarca, hundida en lo más profundo del Sur, había algo más, me parecía, que la simple enemistad entre dos familias, descendientes de los colonos ingleses que habían llegado allí trescientos años antes. Una cosa parecía segura sobre todas las demás: mi tarea no iba a resultar fácil.

Sweetville consistía en una única calle, a través de la cual pasaba la carretera. Había una estación de servicio y un par de bares.

Lógicamente, también se veían los rótulos de un almacén general que, además, era estafeta de Correos, el de la estación de Telégrafos, la oficina del comisario y el hotel General Lee. Los restantes edificios correspondían a viviendas particulares.

Entré en el hotel. En el vestíbulo siseaba un gran ventilador. Era grande y fresco, con muebles de mimbre. Me acerqué al mostrador y toqué el timbre de percusión.

Una mujer salió a los pocos momentos. Debía de tener unos treinta y cinco años y me miró con curiosidad. Era de mediana estatura y, bajo el vestido, se adivinaba la faja con la que en vano trataba de conseguir una cintura esbelta y flexible. El pecho era exuberante, mantecoso. Las facciones tenían cierta dureza. Sin ese gesto, habría resultado guapa.

—Hola —dije—. Soy Neil Eakin. ¿Puede darme una habitación, señora?

Ella volvió el libro registro.

—Firme —indicó lacónicamente.

Firmé.

—Soy la señora Lowry, Abigail de nombre —dijo la mujer—. Cinco dólares al día, treinta a la semana. Por anticipado.

Saqué unos billetes y conté sesenta dólares.

—Para dos semanas —indiqué.

Los billetes fueron a parar al vasto seno de la mujer. Se volvió, cogió una llave y me la entregó.

—Número dos —dijo—. ¿Puedo saber a qué ha venido aquí, señor Eakin?

La miré un instante. De pronto, decidí que me convendría tenerla como aliada.

—Un amigo me habló de usted, mucho y muy bien —contesté, con la mejor de mis sonrisas—. Necesito tomarme unos días de descanso y ese amigo mencionó Sweetville, el hotel y su dueña. Sobre todo, la dueña.

Abigail dulcificó el gesto.

—Déme la llave —pidió—. La habitación número cuatro es la mejor de todas. Tiene baño independiente.

—Gracias, señora Lowry.

—Llámeme Abbie, como todos.

—Sí, Abbie.

Es curioso lo que cambia una persona cuando sonríe. Abbie resultaba ahora guapa y muy atractiva.

—También servimos de comer —dijo ella—. El importe es aparte.

—Lo tendré en cuenta.

—Siento no tener un mozo para que le suba el equipaje. El negocio no da para tanto. Bastante hago con tener una mujer para la limpieza.

—No se preocupe, Abbie.

Cargado con la maleta y la máquina de escribir, subí al primer piso. La habitación era grande, confortable. Lo único que me disgustó un poco fue la delgadez de los tabiques. Podría oírse el ruido de un alfiler al caer al suelo en la habitación contigua.

Despreocupándome de estas aprensiones por el momento, empecé a deshacer el equipaje. Más tarde, me senté ante la máquina de escribir, a redactar el borrador de mis primeras impresiones sobre Sweetville y sus

moradores.

* * *

La partida de exploración regresó a la tarde. Algunos curiosos acudieron a congregarse ante la oficina del comisario. Lo vi desde la ventana de mi cuarto, prudentemente oculto.

—No hemos encontrado el menor rastro de Walter —informó Frampton—. Suponemos que se perdió durante la tormenta y que cayó a la laguna. Entonces, han podido suceder dos cosas: o bien cayó en una zona de arenas movedizas, abundan, como saben todos ustedes..., o acabó en las fauces del monstruo.

Alguien levantó una mano.

—¡Abe! —Gritó el sujeto—. ¿Por qué no se les fuerza a desecar la laguna? Eso es algo que todos queremos desde hace muchos años y sus dueños siempre se han negado. Mi abuelo ya decía que era preciso...

—Charlie —contestó Frampton—, la ley les apoya. No podemos hacer nada sin su consentimiento.

—Yo sí sé cómo se podría hacer, lo quieran o no —gruñó otro—. Bastarían unos cuantos cartuchos de dinamita...

Frampton le apuntó con el índice, como si fuese el cañón del revólver que pendía de su costado.

—Te guardarás muy bien de hacer una cosa semejante, Dick Buxley —exclamó furiosamente—. Los terrenos de la laguna son tan suyos como tuya es tu casa y podrías verte en un aprieto si hicieras una cosa semejante.

—Dick tiene la casa hipotecada un montón de veces —dijo alguien riendo estruendosamente. Y los demás rieron también y la tensión se relajó un poco.

Un hombre se adelantó. Parecía algo más cultivado que el resto de los que componían el grupo.

—Comisario, creo que algo se podría hacer —dijo suavemente—. Hay un juez de distrito y se podría pedir esa desecación por motivos de interés público.

—Lo siento, señor Rath, pero ya se ha intentado en un par de ocasiones y no se ha conseguido nada positivo. La desecación de la laguna no justifica, parece, los gastos de un pleito ni, a decir verdad, tampoco representaría un beneficio aceptable para la población. Por favor, amigos, dispérsense.

Frampton hizo una corta pausa y añadió:

—Por otra parte, todos conocemos muy bien a Walter. Es posible que no le haya pasado nada y que en cualquier momento aparezca tan campante. Vayan a sus casas —finalizó.

A la hora de la cena, le pregunté a Abbie qué sucedía con la ciénaga.

—Es el monstruo —respondió la dueña del hotel.

—¿Cree usted en esa leyenda? —dije, escéptico.

—El monstruo existe —insistió ella—. De lo contrario, ¿cómo explicar las

frecuentes desapariciones de cabezas de ganado? Vacas, ovejas y hasta algún caballo, sin contar dos personas que desaparecieron allí y de las cuales no se ha sabido jamás. Y esperemos que a Peacock no le haya pasado algo por el estilo.

De nuevo recordé la visión de aquella cosa fantástica, con ojos que relumbraban en la oscuridad. Pero Abbie proseguía:

—Ciertamente, la desecación de la laguna no representaría apenas beneficios para la comunidad. Pero no se pueden oponer a ello por motivos ecológicos. No anidan aves de paso, ni existen apenas animales cuya conservación sea de desear, salvo docenas de patos. Culebras acuáticas, muchas de ellas venenosas, arañas en las orillas, escorpiones... Pero si se desecase la laguna, el monstruo moriría.

—¿De veras?

—El monstruo necesita de la laguna para vivir, como usted y yo necesitamos de! aire que respiramos. Imagínese que le meten en una habitación en donde no hay aire. O que quitan el que ya había, ¿eh?

—Bajo este punto de vista, tiene usted toda la razón, Abbie —sonreí.

Ella se puso una mano en la maciza cadera.

—De modo que ha venido a descansar —dijo, desconfiada.

—Así es —respondí—. Aunque también pienso trabajar.

—¿En qué, si puede saberse?

—En la historia de la enemistad entre los Rutledge y los Slattery.

Abbie enarcó las cejas.

—¿Puede interesar el asunto a un escritor? —preguntó.

—Estimo que sí. Y confío en que usted me dé algunos detalles que sirvan para el libro. Citaré su nombre en el capítulo de «Agradecimientos».

La dueña del hotel se esponjó al oír aquellas palabras.

—Sé muchas cosas de las dos familias —manifestó—. Y si va a estar aquí algún tiempo, ya tendremos momentos para hablar largo y tendido.

—Seguro, señora Lowry.

Ella me miró a través de sus espesas pestañas.

—Llámeme Abbie, insisto —murmuró.

—Gracias. ¡Ah!, una pregunta más, por favor.

—¿Sí?

—El comisario ha dicho algo referente a que todos conocen a Walter Peacock. ¿Qué quería decir, Abbie?

—Es un perfecto indeseable. Vago, borracho y ladrón. A veces desaparece del pueblo y vuelve al cabo de un tiempo. En más de una ocasión, esas desapariciones se debían a que estaba cumpliendo unos meses de condena en la cárcel del condado. Puede que ahora le pase lo mismo. Por supuesto, yo no pienso preocuparme por él, señor Eakin.

Abbie se marchó y yo toqué con la mano la navajita que tenía en el bolsillo. ¿Hacía bien callando el detalle? ¿No me convertía así en cómplice de un asesinato?

Sumido todavía en un mar de perplejidades, subí a mi dormitorio y empecé a desvestirme. Con el permiso de la dueña, me había traído un libro de la biblioteca de Rutledge Hall y esperaba entretener un par de horas con su lectura.

Después de ponerme el pijama, aparté a un lado las ropas de la cama. Entonces, a pesar de la elevada temperatura, sentí que me quedaba helado.

El negruzco escorpión destacaba siniestramente contra la blancura de las sábanas. Durante unos segundos, permanecí absolutamente inmóvil, oyendo, más que sintiendo, los latidos de mi corazón, agitado en un loco bataneo. Luego me di cuenta de que el artrópodo estaba quieto y reparé en el trozo de papel que había al lado, prendido en las sábanas con un alfiler.

Los caracteres de la letra del mensaje eran toscos, pero perfectamente legibles:

> «ESTA MUERTO, PERO EL PROXIMO ESTARA VIVO. NO NOS GUSTAN LOS FORASTEROS»

CAPITULO IV

La fresca voz de June Rutledge sonó en la puerta de la biblioteca, liberando mi atención del libro que tenía entre las manos.

—Hola —dijo la chica—. ¿Cómo se encuentra, señor Eakin?

Inmediatamente, me puse en pie.

—Usted no estaba cuando yo llegué por la mañana. Jethro tuvo la amabilidad de permitirme la entrada a la biblioteca —manifesté.

—Sí, le he dado orden de que le atienda en todo momento —declaró June —. Tuve que salir. ¿Qué tal su primera noche en Sweetville? ¿Ha encontrado color local?

—Un poco... o demasiado, según se mire.

Le tendí la nota amenazadora que me había encontrado en la cama. June la leyó y luego me miró gravemente. —¿Qué era lo que estaba muerto? — preguntó.

—Un escorpión.

—¡Jesús! —dijo ella, impulsivamente—. Se llevaría un susto de los gordos.

—De muerte —puntualicé—. No sé, francamente, quién quiere que me vaya. En todo caso, mi libro redundaría en beneficio de la población. Ya sabe lo que pasa en estos casos. La gente tiene curiosidad por ver los lugares donde se ha desarrollado una historia de interés... y vienen los turistas. Tratar de echarme es, por lo menos, irracional.

June asintió.

—Pienso igual que usted —respondió—. ¿Me permite guardar el papel?

—¿Por qué? ¿Acaso conoce al autor del mensaje?

La chica sonrió deliciosamente.

—Hace algún tiempo fui maestra de adultos —explicó—. Me lo pidió el alcalde; había un montón de tipos ociosos y poco menos que analfabetos. La maestra de los niños se negó y yo acepté, para trabajar un par de horas al día. Sé dónde hay un montón de cuadernos, con escrituras, tanto de copia como de dictado. Averiguaré quién es el indecente autor de este mensaje. Por mi parte, creo que se trata de una broma pesada.

—Una broma de gentes de pueblo, ¿no?

—Algo por el estilo. No lo tome demasiado en consideración, señor Eakin.

—De acuerdo —contesté—. Oiga, dígame una cosa. Hay personas que quieren desecar la ciénaga. ¿Qué opina sobre el particular?

—A mí no me importaría en absoluto —dijo—. Pero él no quiere.

—¿Quién es «él»?

—Slattery. Laguna, o la ciénaga, como prefiera, pertenece a ambos casi por igual. El camino por el que usted llegó a Slattery House es la linde divisoria.

—L o cual deja incomunicadas las dos partes de la laguna.

—No. Usted no lo vio, porque era de noche y además con mal tiempo. Hacia el centro del terraplén en que está el camino hay un puente de troncos con estribos de piedra. Los troncos son largos y muy gruesos y, además, están recubiertos de grava y tierra. Como no tiene barandilla, incluso de día es fácil pasar por encima y no advertirlo.

—Entiendo. ¿Obtendría usted algún beneficio si se desecase la laguna?

—Tal vez tierras de labor. No lo he estudiado nunca.

—Pero usted podría permitir que se desecase su parte —alegué.

—No. El desagüe tendría que practicarse por la parte que pertenece a Slattery, Es el lugar más adecuado. Por mi lado, se tendría que montar una costosa estación de bombeo, con cientos de miles de metros de mangueras... y, francamente, no dispongo de tanto dinero para invertirlo en una empresa de dudosa utilidad.

—Creo que he comprendido el problema. La gente, sin embargo, quiere desecar la laguna para matar al monstruo.

—Lo que tendrían que hacer es matar sus supersticiones —contestó June un tanto desdeñosamente—. Bueno, le dejo con su tarea; no quiero seguir molestándole más.

—Al contrario, ha sido un placer —aseguré.

Volví a quedarme solo.. En aquella comarca, me dije, había más problemas de los que se suponían a primera vista. Y no me agradaba pensar que yo era uno de aquellos problemas y que alguien podía intentar resolverlo por medios expeditivos.

* * *

Por la noche, antes de acostarme, exploré a fondo el dormitorio, sin encontrar ningún bicho desagradable. Yo no creía que se tratase de una broma pesada, pero el registro, por fortuna, dio resultado negativo.

Entonces, me tendí en la cama, con otro libro en las manos. Al alcance de mi mano derecha tenía abierta la libreta de notas. El libro era una historia de los avatares sufridos por la comarca durante la Guerra de Secesión. Era interesante; entraba en una cantidad de detalles menudos que no podían encontrarse en otros libros y manuales al uso.

Al cabo de una hora encontré un dato que llamó poderosamente mi atención. «¿Lo sabría June?», me pregunté.

De pronto, escuché un leve chasquido.

Miré hacia la puerta. El pomo giraba poco a poco. Sentí que se me ponían los pelos de punta. No tenía armas y el libro poco podía hacer en mi defensa, ni aunque se lo arrojase a la cabeza al intruso. Ahora, pensé, alguien dejaría caer dentro una serpiente venenosa o una araña gigante...

La puerta se abrió un poco más. Abbie asomó la cabeza y sonrió.

—Pensé que estaría dormido —murmuró.

Terminó de entrar y cerró, apoyándose en la puerta. Yo respiré largamente

y procuré no dar a entender el miedo que había pasado.

Abbie vestía una aparatosa bata de encajes, que permitía ver la escasa cantidad de ropas que llevaba. Al mismo tiempo, advertí que estaba empapada de perfume hasta las orejas.

—Me alegro de que esté despierto —añadió, en vista de mi silencio—. Tengo muchas cosas que contarle sobre lo que le interesa.

Sonreí, mientras movía el dedo índice.

—Venga y cuente —llamé.

Abbie se acercó, ondulándose de un modo pretencioso. Me daban ganas de reír, pero pude contenerme. Di con la mano en la cama, a mi derecha.

—Siéntese.

Ella obedeció y se quitó la bata. Los pechos, redondos, macizos, poderosos, parecían ir a reventar el sostén negro.

—¿Estoy... apetitosa? —preguntó, incitante.

—Perfectamente comestible —dije. Lo que menos le interesaba a Abbie en aquellos momentos era la historia de los Slattery y los Rutledge. Simplemente, era una mujer solitaria y hambrienta de cariño.

—Será mejor que apagues la luz —susurró.

—Claro.

La estancia quedó en tinieblas. Abbie se arrojó sobre mí, buscando vorazmente ni boca. Yo empecé a quitarle la poca ropa que le quedaba, sin que ella protestase en absoluto. Nos besamos y acariciamos con furia quemante, pero, de súbito, yo me quedé rígido, inmóvil, todavía con las manos crispadas sobre sus pechos, que sé habían endurecido tremendamente por el deseo.

Abbie me miró, sorprendida. No había luz en el dormitorio, pero entraba cierto resplandor, procedente de algún lejano farol y también de la luna en creciente. Abbie vio que yo tenía la vista fija en un punto y volvió la cabeza.

La ventana estaba abierta, por el calor. A través de ella se podía ver aquella extraña figura, con ojos color escarlata, flotando silenciosamente en la atmósfera nocturna.

Abbie lanzó inmediatamente un grito de terror.

—¡El fantasma!

Y saltó del lecho, a la vez que empezaba a buscar frenéticamente sus ropas.

—Abbie, no tengas miedo...

Ella, con las ropas hechas un ovillo, sujetas contra su pecho desnudo, me miró con ojos llenos de pavor.

—Es un fantasma, un fantasma —repitió varias veces.

Pensé en la promesa hecha a June y maldije en silencio.

—Abbie, no...

—Cada vez que se aparece, anuncia una muerte inminente —Abbie se santiguó repetidas veces—. Voy a encerrarme en mi habitación hasta que salga el sol. Adiós...

Me dejó solo, entregado a pensamientos nada agradables. Aquel fantasma, que no era sino una simple cometa, ¿anunciaba de verdad una muerte próxima, como decía la opulenta dueña del hotel?

Entonces recordé que Walter Peacock había desaparecido la misma noche de mi llegada. Y también entonces había sido visto el fantasma.

¿A qué jugaba Víctor Slattery con su cometita?

* * *

Por la mañana, en lugar de ir a Rutledge Hall como había pensado en un principio, decidí repetir la experiencia del camino que me había llevado equivocadamente a Slattery House, Salí en el coche del pueblo, doblé a la derecha y pronto pude encontrar el camino que buscaba.

Detuve el coche. Lo mejor, me dije, era hacerlo a pie. De este modo, tendría más ocasiones de captar detalles que, de otro modo, me podían pasar desapercibidos, al concentrar mi atención en el volante. Eché a andar y no tardé en adentrarme en la ciénaga.

Las aguas estaban quietas, oscuras, incluso en pleno día. De cuando en cuando, se desprendían volutas de vapor amarillento, de las que brotaba un olor fétido, nada agradable. Un cuarto de hora más tarde, noté cierto movimiento en las aguas y me detuve.

Tras unos segundos de indecisión, me agarré a unas plantas que crecían en el borde del camino y descendí cosa de dos metros, hasta que mis pies rozaron casi la superficie de la ciénaga. Entonces, inclinándome un poco, pude ver el puente descrito por June.

Sí, allí estaba la comunicación entre las dos mitades de la laguna. El puente tenía una luz máxima de unos seis metros, suficiente para que se produjese un continuo trasvase de aguas de un lado a otro.

Y también suficiente para que el monstruo pudiera moverse con entera libertad por todo el ámbito de la laguna. Pero, ¿qué monstruo podía ser, si realmente existía?

Al cabo de unos momentos, decidí regresar al camino. Agarrándome a los tallos de las hierbas, emprendí la subida. Cuando tenía los ojos al nivel del camino, vi un par de piernas, calzadas con fuerte botas de media caña, en los que había unos pantalones de tela fuerte y color claro. Más arriba, estaba el rostro entre irritado y sardónico de Víctor Slattery.

—No le creí a usted con aficiones arqueológicas, señor Eakin —dijo el hombre—. ¿O es que el puente tiene un gran interés artístico?

Hice lo que pude por recobrarme y terminé de llegar al camino.

—He oído hablar mucho de la laguna y de los problemas que plantea —respondí con la mayor tranquilidad que pude—. Me extrañó que estuviese dividida en dos mitades y me dijeron que había un puente que permitía la comunicación entre ambos lados.

—Y ¿eso le interesa?

—A decir verdad, todo detalle perteneciente a la comarca... y a la rivalidad existente entre dos familias muy conocidas.

—¿Cree que es un tema atractivo para un libro?

—Pienso escribirlo. Luego... los lectores lo dirán.

Slattery sonreía de un modo muy peculiar.

—Entonces, habrá oído hablar del monstruo. ¿Cree en él?

—Cuando le vea —repuse.

—¿Y el fantasma?

—Lo he visto.

—Señor Eakin, usted es un hombre cultivado. Si ha visto el fantasma, ¿qué opina de él?

Decidí que debía dar mi respuesta con mucho cuidado. Sabía qué era el fantasma, pero no debía demostrarlo ante su autor.

—Es obra del hombre—dije.

Sorprendentemente, Slattery se echó a reír. Fue una sonora carcajada, estridente, incluso contagiosa. Pero había en sus notas algo que no me permitía compartir su hilaridad. Me pareció que era la risa de un demonio.

—Es usted un tipo muy agradable —dijo—. Mi ama de llaves me informó de sus proyectos sobre el tema. Venga por Slattery House cuando guste y entre a saco en la biblioteca. Sin el menor reparo, créame.

—Es usted muy amable —contesté.

—A fin de cuentas, soy heredero de una leyenda un tanto absurda, ¿no le parece? Pero le ruego tome nota de un detalle, por favor.

—Sí —contesté.

—Fíjese bien en las denominaciones de ambas propiedades. Slattery House y Rutledge Hall. Casa Slattery y Palacio Rutledge. ¿No le sugiere eso nada?

—Orgullo en una parte y modestia en otra.

—Nosotros éramos la gente modesta. Ellos no quisieron nunca considerarnos como sus iguales. Y el problema sigue, al cabo de más de doscientos años —dijo Slattery con voz helada.

—Lo siento...

El agitó la cabeza.

—No se preocupe, señor Eakin.

—Gracias por su ofrecimiento.

De pronto, reparé en algo que no había visto hasta aquel momento.

Era un saco, de vulgar arpillera, medio oculto por unas hierbas situadas al otro lado del camino. Pero no estaba tan oculto que no pudiera ver la sangre que rezumaba a través del burdo tejido y empapaba lentamente la tierra.

Sentí un terrible frío en la médula. Apresuradamente, balbuceé unas palabras de despedida y me marché por donde había venido. Ni siquiera me atreví a volver la cabeza.

Tenía un miedo espantoso.

CAPITULO V

Cuando llegué a Rutledge Hall, June estaba hablando con un hombre al que reconocí de inmediato.

Era Malcolm Rath, el mismo que había propuesto solicitar 1a desecación de la laguna por vía legal. June me lo presentó y Rath, tras los saludos de rigor, anunció que se marchaba.

—Voy a intentarlo una vez más con Slattery —dijo—. A fin de cuentas, estudiamos juntos y eso debe de servir para algo.

—Ojalá lo consiga, Malcolm —deseó la muchacha—. Ya sabe que por mí no hay ningún inconveniente.

—Sí, lo sé. Gracias, June. Señor Eakin...

Rath se marchó en un viejo coche y la chica y yo nos quedamos solos.

—¿Quiere entrar? —invitó ella.

—Con mucho gusto.

Pasamos al interior de la casa. June se dio cuenta de que me pasaba algo. Yo debía de tener la cara blanca.

—¿Qué le ha ocurrido, señor Eakin?

Se lo conté. June, sorprendentemente, sonrió.

—No haga caso —dijo.

—Pero... seguramente, había en el saco trozos de un cadáver...

—Sí, de alguna oveja o un ternero —contestó ella—. Y, por supuesto, los trozos no comestibles. Lo hace bastantes veces. Dice que así se alimentan los animales de la ciénaga.

Yo la miré con desconfianza.

—¿Habla en serio?

—Claro que sí, hombre. Es el mejor medio para deshacerse de los desperdicios. En la ciénaga hay gran cantidad de peces y usted sabe que comen de todo. También las serpientes de toda clase...

—¿Qué me dice de los huesos?

—Con el tiempo, supongo, se disgregarán también, irán al fondo, desde luego, y créame, esos desperdicios no aumentarán la fetidez del lugar.

—Bueno, si usted lo dice... Pero me he llevado un tremendo susto.

—Tiene usted demasiadas fantasías en la cabeza —rió la muchacha—. ¿Le apetece una copita, para que se le pase el susto?

—Sí, se lo agradeceré. Además, tengo que darle una noticia, aunque seguramente ya la conoce usted.

—¿De qué se trata? —preguntó June, mientras inclinaba la botella de cristal tallado sobre una copa.

Le enseñé el libro al recibir la copa de sus manos.

—Página noventa y cuatro —indiqué—. Encontrará el relato del cofre de hierro, repleto de monedas de oro, que iban a servir para la causa del Sur y que, en vista del rápido avance de las tropas unionistas, fue arrojado a la

ciénaga, para que los odiados nordistas no pudieran aprovecharse de tan valioso contenido.

—¡Oh, pero si conozco la historia! —exclamó June—. El cofre del tesoro —añadió, meneando la cabeza—. En cambio, usted no conoce la segunda parte, la que no se menciona en ese libro.

—¿Cuál es esa segunda parte?

—Pasados algunos años, el cofre fue extraído de su escondite y el dinero distribuido entre los perjudicados por la guerra, que habitaban la comarca.

—¿Lo dice en alguna parte?

—Es del dominio público. No, no hay cofre del tesoro, señor Eakin.

Traté de sonreír.

—Lástima, hubiera quedado muy bien en mi libro —dije.

—El oro fue muy bien empleado en socorrer a los vencidos —contestó ella un tanto envaradamente—. Y, a propósito, ¿conoce el origen de la enemistad entre las dos familias? La auténtica causa, me refiero.

—Todavía no...

June fue al atril y puso el índice sobre un determinado punto del catálogo.

—Busque este libro y lo sabrá —dijo, sonriendo deliciosamente a la vez que emprendía el camino hacia la puerta. Desde allí, se volvió y me miró un instante—. Es un erótico asunto de alcoba —concluyó.

* * *

Me acerqué a la ventana y contemplé el cielo durante unos instantes.

Los ojos me dolían un tanto. Había estado varias horas seguidas leyendo y tomando toda suerte de notas. Jethro, amablemente, me había traído algo de comida a mediodía y yo, enfrascado en mi tarea, había seguido trabajando a continuación, sin darme cuenta del veloz paso del tiempo. Cuando me detuve, eran más de las cinco de la tarde.

Nubes densas, hinchadas, plomizas, corrían por el cielo, muy bajas. Las copas de los árboles se doblaban a impulsos de un viento de bastante fuerza. El ambiente ofrecía todos los síntomas de una tormenta análoga a la del día de mi llegada.

De repente, me acordé del fantasma.

¿Saldría aquella noche?

Era muy posible. Valía la pena intentar verlo de más cerca y captar detalles que la distancia no permitía ver con claridad. Sin pensármelo dos veces, abandoné la biblioteca y me dispuse a salir.

June me oyó y salió a mi encuentro.

—¿Se marcha ya?

—Sí —dudé un instante, pero me decidí muy pronto—. Tengo la impresión de que el fantasma se verá esta noche de nuevo. Voy a presenciarlo de muy cerca.

—A Slattery no le gustará.

—Procuraré no ser visto.

June sonrió imperceptiblemente.

—¿Sabe?, casi me dan ganas de acompañarle —expresó.

—Entonces, ¿por qué no toma su impermeable? —sugerí—. Se lo digo por pura precaución; quizá empiece a llover más tarde.

—Sí, es una buena idea.

—Yo tengo uno en el coche. La aguardo afuera.

June echó a correr hacia el primer piso. Momentos después, salía de la casa.

—Iremos a pie —sugerí—. La distancia no es tan grande y a mí me conviene un poco de ejercicio.

—De acuerdo. ¡Ah!, señor Eakin... ¿conoce ya la causa de la enemistad?

—Sí —respondí—. Es curioso, nadie podría imaginarse que hubo un matrimonio entre un Slattery y una Rutledge hace más de doscientos años.

—Pero ese matrimonio, como usted ya sabe, se rompió tan legalmente como había sido efectuado. La novia solicitó, y obtuvo, el divorcio, basándose en la impotencia de su marido. Al no haberse consumado el matrimonio, la ruptura legal fue concedida sin mayores impedimentos.

—Es cierto, y ello fue lo que provocó el escándalo, porque era un suceso que hería profundamente el amor propio de Slattery. Y de ahí el resentimiento, que se inició entonces y que todavía dura.

—No por mi parte. Yo he tratado siempre de entablar buenas relaciones, pero Slattery se ha mostrado muy reticente siempre. Salvo en una ocasión.

—¿Sí?

—Me propuso acabar la enemistad con un matrimonio.

—Y usted se negó.

—No es el hombre que yo quiero para esposo... si un día me entran deseos de casarme.

—Entonces, el resentimiento ha surgido de nuevo.

—Por su parte, insisto. A mí me gustaría que fuésemos amigos, pero él piensa de muy distinto modo.

—Lo siento, señorita Rutledge.

—¡Oh!, eso es algo que no me quita el sueño —respondió ella.

—Hay algo que me intriga un poco —dije, para variar el tema—. Si Slattery era impotente, y por ello su esposa obtuvo el divorcio, ¿cómo pudo tener hijos más adelante? Porque el apellido se ha perpetuado...

June me miró oblicuamente.

—Años después, tomó esposa de nuevo. Y el hijo que nació un años después no era suyo, sino de uno de los criados. Se supo cuando éste lo confesó, como se decía entonces, en su lecho de muerte. Pero a Slattery le interesaba sobre todo tener un heredero a cualquier precio. Y éste continuó la enemistad. Bueno, han pasado doscientos años y parece que hubiera ocurrido ayer —dijo ella un tanto enojada—. Me parece una situación absurda, ilógica, pero ¿qué puedo hacer yo?

—En ocasiones se dice que «dos no riñen, si uno no quiere». Ahora es lo mismo, sólo que al revés.

—Exactamente —confirmó la muchacha.

Media hora más tarde, y ya de noche, llegábamos a las inmediaciones de Slattery House. Nos apostamos al pie de un roble de enorme tronco y nos dispusimos a aguardar, cuando ya caían las primeras gotas de lluvia.

* * *

La puerta de la casa se abrió y dos hombres, riendo con fuerza, salieron a la explanada.

—Tiene gracia, pero mucha gracia —dijo Rath—, Es el chiste más bueno que he oído en los días de mi vida.

—Y ellos, esos paletos aldeanos, se lo han creído... —Slattery reía también sonoramente, a la vez que daba fuertes palmadas en los hombros de su amigo.

—Una cometa... Pero qué bueno, Víctor...

Las lágrimas bañaban las mejillas de Rath. Era indudable que los dos hombres, pero sobre todo el segundo, habían hecho copiosas libaciones. A ninguno de los dos parecía importarles el agua que caía del cielo.

Llovía mansamente, sin demasiada fuerza. De cuando en cuando, se percibía el fragor de un trueno, tras el chispazo del relámpago. June y yo, cubiertos por los respectivos impermeables y por la copa del roble, soportábamos bastante bien la lluvia.

—¿Quieres que les demos un susto, Malcolm? —preguntó Slattery.

—Sí, me agradaría...

—Pero no lo repetirás a nadie.

—Te lo prometo, Víctor.

—Bien, entonces, aguarda aquí.

Slattery se marchó, para volver a los pocos momentos con un extraño artilugio de cañas y tela, de una altura doble de la suya, que adoptaba vagamente la persona de una persona, vestida con una túnica. Pero el tejido de la cometa estaba pintado con una solución *fosfók*, que proporcionaba el brillo fantasmal que se veía en la oscuridad.

En la parte correspondiente a la cabeza, la armazón sostenía dos pequeños bultos, que Slattery encendió sucesivamente. Entonces comprendí que las pupilas rojas no eran sino dos diminutas linternas, con el cristal de dicho color.

Los brazos eran trozos de tela sueltos, que el viento hacía ondear. El contrapeso de la cometa, un hilo con trozos de tela, era completamente negro y no se divisaba en la oscuridad.

—Me costó muchos intentos, hasta que conseguí encontrar el punto de equilibrio ideal —dijo Slattery—. Pero ahora sube como un rayo, ya lo verás.

La cometa, efectivamente, ascendió a los pocos momentos, con la mayor facilidad del mundo. Rath, evidentemente bajo el influjo del alcohol, saltaba y

palmoteaba alegremente, lanzando continuas exclamaciones de júbilo, mezcladas con otras de burla, dirigidas a los ignorantes aldeanos que creían en los fantasmas. De pronto, Slattery le entregó el carrete con el cable que sostenía la cometa.

—Toma —dijo—. Aguanta un momento. Voy adentro a buscar whisky.

Rath dio un salto hacia adelante, arrastrado momentáneamente por la cometa. Lanzó un grito y Slattery se volvió hacia él.

—¡Fuerza, Malcolm! —aconsejó—. Clava los pies en el suelo o te hará volar por los aires.

—¡No me gusta volar! —contestó Rath, riendo estrepitosamente—. Me mareo como un chiquillo, ¿sabes?

—Si te parece, puedes soltar un poco más de cable. Ya sabes dónde está el freno.

—Descuida, Víctor.

Slattery entró en la casa. June y yo contemplábamos la escena, sin atrevernos a intervenir, por no revelar nuestra presencia en aquel lugar.

La escena estaba bien iluminada, tanto por las luces de las habitaciones que daban a la fachada principal, como por los dos grandes faroles que flanqueaban la entrada. Habituados nuestros ojos a aquella luz, podíamos ver a Rath con todo detalle.

Rath parecía encantado con su nuevo juguete y reía y pronunciaba frases que a veces carecían de coherencia. De pronto, pareció impacientarse.

—¡Eh, Víctor! —Gritó, volviéndose hacia la casa—. ¡A ver cuándo viene ese trago!

En el mismo instante, brilló una luz cegadora.

En fracciones de segundo, el cable de la cometa se tornó incandescente, adquiriendo un color de indescriptible blancura. Apenas un segundo después, se produjo un horroroso estrépito y la atmósfera fue sacudida con inenarrable violencia.

¡Y Rath, fulminado por el rayo, se convirtió en una figura de carbón!

CAPITULO VI

Una hora más tarde, June no se había recuperado todavía de la espantosa impresión que le había causado el suceso.

Jethro trajo café, al que aconsejé pusiera unas gotas de brandy. Lo mismo que la muchacha, yo tenía aún presente en la retina aquella espantosa escena, de la que habíamos sido testigos silenciosos.

Aún recordaba los esfuerzos que tuve que hacer para evitar que June prorrumpiese en gritos desaforados, que habrían revelado nuestra presencia en aquel lugar. Todavía tenía en la nariz el olor a ozono, que producido por la descarga eléctrica... y el repugnante olor de la carne quemada... y aún veía el cuerpo yacente de Rath, convertido en una masa negra, sin apenas forma humana, caído ante la casa y bajo la lluvia.

Tuve que llevar en brazos a June los dos primeros centenares de metros. Las piernas no sostenían el resto del cuerpo y ella parecía a punto de desfallecer. Un poco más adelante, pudo caminar y, a trompicones, pudimos alcanzar el seguro refugio de Rutledge Hall.

De pronto, ella alzó la mirada hacia mi rostro.

—¡Ha sido un asesinato! —exclamó.

En aquel momento, me acordé de la frase pronunciada por Abbie Lowry. El fantasma anunciaba la muerte de una persona.

—¿Lo cree así? —pregunté.

June asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—El lo dejó solo. Había tormenta; era imprudente elevar una cometa en semejantes condiciones. Tardó demasiado en volver. Recuerde la impaciencia de Rath, cuando le pedía más whisky. Slattery aguardaba a que se produjese la descarga eléctrica.

—Pero... una cuerda...

—Estaba mojada, y la humedad es siempre un magnífico conductor de la electricidad. Pero, además, yo sospecho que no era cuerda, sino hilo metálico.

—¿Cómo?

—Me pareció que brillaba demasiado. Sobre todo, el trozo más bajo, el que caía bajo las luces de la casa. Rath sostenía el aparejo, todo era metal: el carrete, la manivela, el freno...

Levanté la mano. Las deducciones de June encerraban una lógica en apariencia irrebatible.

—Bien —dije—. Supongamos que se trata de un asesinato. Es preciso admitir que es la idea más ingeniosa de que he tenido noticia en los días de mí vida. Pero ¿por qué?

—Deberíamos preguntárselo a Slattery, ¿no le parece?

—Sí, y ¿qué nos contestaría?

June estaba sentada y se levantó de pronto, para dar una serie de nerviosos paseos por el salón.

—Se podría demostrar que fue un asesinato —dijo.

—¿Cómo? —pregunté.

—Rath estaba en medio de la explanada. La casa tiene pararrayos, como la mía. Esos pararrayos deberían haberle protegido; la descarga tendría que haber caído sobre una de aquellas puntas. O, en todo caso, en alguno de los árboles que circundan la casa, mucho más altos que un hombre. Pero la cometa, con lo menos trescientos metros de hilo, rebasaba de sobras la altura de la casa y de los árboles. Si todo eso no es suficiente para una acusación de asesinato premeditado.

—Olvida una cosa. June.

—¿Sí, Neil?

—Pruebas.

Ella se detuvo en el acto.

—Pruebas —repitió.

—La cometa resultó destruida por el rayo y el cable y el aparejo sufrieron la misma suerte. Con toda seguridad, la elevadísima temperatura surgida en el momento de la descarga, fundió todas las partes metálicas y si algo quedó, no tendrá ni de lejos la forma original. Además, y siempre suponiendo que se trate de un asesinato, Slattery habrá tenido buen cuidado de hacer desaparecer esos restos de la cometa.

—Entonces, ¿hemos de dejar que todo siga... igual?

Hice un gesto de la cabeza.

—No podemos hacer nada —contesté.

Ella se mordió los labios.

—Al menos, la cometa ha desaparecido —dijo.

Un terrible trueno retumbó en aquel momento y los cristales vibraron sordamente. La lluvia, que parecía haber menguado, volvió a caer con fuerza.

* * *

El mazo del juez local decidió la cuestión:

—Malcolm Rath pereció accidentalmente a causa de una descarga eléctrica que le alcanzó de lleno, por su propia imprudencia, al permanecer fuera de la casa cuando se producía una tormenta con fuerte aparato eléctrico; y ello a pesar de las recomendaciones de su anfitrión, Víctor Slattery, aquí presente. En consecuencia, decreto el caso concluido, sin responsabilidad para nadie.

En aquel momento, me convencí absolutamente de que había sido un asesinato.

¿Por qué?

Mire a Slattery, confundido yo entre la multitud que abarrotaba la sala de audiencias del juzgado. En alguna parte, sollozaba quedamente una mujer. Era Ann Rath, la viuda.

Slattery aparecía muy serio, pero me pareció adivinar en sus labios la sombra de una sonrisa.

Era la sonrisa del triunfador. Había dado muerte a un enemigo y nadie le podía acusar del hecho.

Yo estaba muy cerca de la puerta y procuré salir de los primeros. La sala se vació lentamente. Abundaban los comentarios. Capté muchas frases impregnadas de temor.

Luego, sostenida por un par de hombres, salió Ann Rath. Era una mujer joven, de poco más de treinta años, muy guapa. Se la veía sumamente afligida.

Regresé lentamente al hotel.

Abbie me miró desde el otro lado del mostrador.

—Se lo dije —murmuró—. El fantasma anunciaba una muerte. Y así ha sucedido.

—Cuando me lo anunció, ¿pensaba en un accidente o en un asesinato? —pregunté.

—Pensaba en una muerte —replicó ella con voz tensa.

—Señora Lowry... —Ahora nos tratábamos ceremoniosamente de nuevo—. En las otras apariciones en que se vio el fantasma, ¿hubo también más muertes?

—Walter Peacock fue el último. Antes que él murieron Roy Pendleton y Davy Lockett. ¡Y se vio el fantasma antes de que muriesen!

—De Peacock no se sabe aún nada en concreto —dije—. Puede ser que se marchase del pueblo, como ya había hecho en ocasiones. ¿Qué me dice de los otros dos?

—Murieron, aunque no se encontraron sus cuerpos. ¿Cómo se van a encontrar, si los devoró el monstruo de la laguna?

—Señora Lowry, ¿cree sinceramente en la existencia de esa bestia?

—Sí, señor Eakin.

Moví ligeramente la cabeza.

—Muchas gracias.

Subí a mi habitación. En cierto modo, me alegraba de que la visión del fantasma hubiese apagado los ardores eróticos de la señora Lowry.

Durante largo rato permanecí sentado ante la ventana, contemplando el escaso movimiento de la calle. Pensé que resultaría interesante hacer una visita a la viuda de Rath, pero el momento no me parecía más apropiado.

—Mañana —decidí.

* * *

Por la noche, y como de costumbre, examiné a fondo el dormitorio. No había arañas ni escorpiones, ni tampoco serpientes venenosas. Tardé un buen rato en dormirme, sin embargo; el recuerdo de la horrible muerte de Rath permanecía aún nítidamente impreso en mi memoria. Pero, al fin, conseguí relajarme y me dormí.

De repente, desperté terriblemente asustado.

Había alguien junto a mi cama. Un espantoso pánico se apoderó de mí. ¡Iban a asesinarme!

Entonces, una mano suave, perfumada, tapó mi boca.

—No grites...

Abrí los ojos. En la oscuridad, no podía distinguir las facciones de la mujer. Pero entonces advertí mi equivocación. El fantasma no había apagado los deseos de Abbie.

Ella estaba ya desnuda y se metió junto a mí. Inmediatamente, empezó a besarme, a la vez que recorría mi cuerpo con sus manos.

Cedí al impulso sensual, súbitamente desatado. Devolví los besos, acaricié los senos, redondos, cálidos, macizos, con los erguidos vértices de los pezones, el vientre suave y ardiente... La pasión nos envolvió en sus oleadas silenciosamente quemantes y todo cuanto nos rodeaba desapareció de nuestra visión. Éramos ahora dos cuerpos que se habían fundido en uno solo y ardían en el fuego de la más absoluta sensualidad.

Largo rato más tarde, ella rodó a un lado y exhaló un hondo suspiro.

—Querido... —murmuró.

Fruncí el ceño. Aquella voz...

De repente, antes de que ella pudiera impedirlo, alargué el brazo y encendí la luz.

Amanda Cordwainer se sentó en el lecho, un tanto enojada.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

—Me has engañado —contesté, sin mirar siquiera sus senos, bellamente conformados.

—No pareciste lamentarlo demasiado —sonrió maliciosamente—. ¿Tan mal lo he hecho?

—No. Pero quiero saber por qué?

—Si te dijese la verdad, no me creerías.

—¿Por qué no dejas que sea yo el que decida si he de creerte o no?

Amanda sonrió de nuevo.

—Neil, realmente, ¿qué haces aquí?

—Ya lo dije: busco datos para una historia...

—¿O buscas el cofre lleno de monedas de oro?

—¿Qué dices?

—No eres el primero, Neil. Otros lo intentaron antes que tú. Ninguno lo consiguió.

—Es lógico. Ese cofre ya no existe. Su contenido fue destruido entre los perjudicados por la guerra civil.

—¿De veras crees esa fábula?

—¡Ah!, entonces piensas que todavía está en el fondo de la ciénaga.

De pronto Amanda saltó del lecho. Quedó frente a mí, desnuda, esplendorosamente bella, como una estatua de carne blanca, que había sido fuego pudo minutos antes.

—El cofre sigue allí —dijo—. No intentes buscarlo.

—No es ése mi propósito —contesté—. Por favor, una pregunta —añadí.

—¿Sí, Neil?

—¿Estabas en la casa cuando murió Rath?

Ella se puso seria en el acto.

—Por supuesto —contestó envaradamente—. ¿Y tú?

—En Rutledge Hall. Me sorprendió la tormenta allí y tuve que quedarme el resto de la noche.

Era cierto. Si mentía, Amanda podía saberlo fácilmente, preguntando a la dueña del hotel. Naturalmente, no le dije que había presenciado la horrible muerte de Rath.

Empezó a vestirse. Entonces, me percaté de un detalle.

—Amanda, ¿cómo has conseguido entrar? —pregunté—. Había cerrado con llave.

—Me dejaron la llave maestra.

—¿Abbie?

—Claro, ¿quién si no?

—¿Y sabía qué...?

—No te preocupes. La he narcotizado. Tomamos un par de copas de vino y puse un ligero sedante en la suya, sin que se diera cuenta. Es mi hermana, ¿lo sabías?

Debí de poner cara de tonto, porque se echó a reír.

—No nos parecemos mucho, ¿verdad? Pero ella es viuda y utiliza el apellido' de su difunto esposo —explicó.

Terminó de vestirse y se encaminó hacia la puerta.

—Le dije a Abbie que quería registrar solamente tu equipaje —añadió—. Podías ser un policía del Estado.

—¿Qué podría hacer un policía aquí, Amanda?

—Curiosear.

—No soy policía —dije—. Te daré la dirección de mi editor, en Atlanta...

—No es necesario; estoy convencida de que eres sólo un escritor. Pero procura atenerte solamente a la historia.

Me tiró un beso y se marchó.

En sus últimas palabras latía una nota de amenaza que era imposible ignorar. Metafóricamente, era otro escorpión muerto.

CAPITULO VII

Ann Rath me miró con sus grandes ojos azules, en los que se advertía la humedad de unas lágrimas aún no enjugadas. Le expresé mis condolencias y ella contestó con unas frases amables.

La casa, observé, era modesta, pero limpia y bien cuidada. No cabía la "menor duda de que los Rath habían sido muy felices y que 1a inesperada muerte del esposo había venido a truncar aquella felicidad brutalmente.

—Usted me conoce, sin duda —dije, tras los primeros saludos.

—De vista solamente, señor Eakin —contestó—, Pero todos, en el pueblo, están enterados de los motivos de su estancia aquí.

—En tal caso, ¿tendrá inconveniente en contestar a algunas preguntas? No sólo debo buscar datos en las bibliotecas, sino indagar en las personas que puedan aportarme detalles para mi libro.

—Si sé algo, se lo diré —repuso ella—. ¿No quiere sentarse? Le traeré un poco de café...

—Gracias, no se moleste. Bastará con que me permita fumar.

—Yo también fumo, señor Eakin.

Encendimos sendos cigarrillos. Luego, frente a frente los dos, empecé a hablar:

—El tema es muy delicado, señora Rath. Pero, inevitablemente, hemos de referirnos a la muerte de su esposo.

—Siga, por favor —dijo ella con voz tensa.

—Sé que la gente quiere desecar la ciénaga, pero Slattery se opone a ello. ¿Conoce los motivos?

—No —contestó—. Pero me parece una actitud irrazonable y estúpida. La ciudad obtendría ciertos beneficios; por lo menos, nos libraríamos de un ambiente mefítico; desaparecerían la mayor parte de los animales dañinos, serpientes, arañas, escorpiones...

—Y el monstruo.

—Ese monstruo existe —dijo Ann tranquilamente.

—¿Lo ha visto usted?

—No es necesario que lo vea para saber con certeza su existencia. Pero tiene que morir.

—¿Por qué?

Ann sonrió amargamente.

—La ciénaga es el monstruo y el momento es la ciénaga. Son dos cosas diferentes, pero una no puede existir sin la otra y viceversa.

—¿Lo cree así?

—Estoy total, absoluta e íntimamente convencida —respondió con gran énfasis.

—Bien —dije—. Ahora, por favor, permítame... Su esposo era partidario de iniciar una acción legal para conseguir la desecación de la ciénaga, aunque

tenía la casi seguridad de que la demanda resultaría denegada. ¿Cree que ello tuvo algo que ver con su muerte?

La señora Rath me miró fijamente.

—Si se hubiera mostrado indiferente, aún estaría vivo —respondió.

—Pero lo mató un rayo...

—¿Sabe qué fácil es atraer un rayo en noche de tormenta?

—No, nunca lo he hecho —contesté. Aunque sí sabía cómo se podía conseguir.

—Slattery lo mató, tan cierto como que hay Dios —dijo Ann con gran vehemencia—. Pero yo me vengaré, se lo aseguro, señor Eakin.

—¿Piensa matar a Slattery?

Ella sonrió imperceptiblemente.

—Le heriré en lo que más quiere —afirmó. Se pasó una mano por la frente —. Dispénseme, por favor; todavía no me encuentro demasiado bien...

—Es usted la que debe disculparme —murmuré, a la vez que me ponía en píe—. Gracias por todo, señora Rath.

Ann me tendió la mano, en la que todavía brillaba el anillo de casada, un aro de oro más grueso que lo normal y con las iniciales suya y la de su esposo en el exterior, en contra de la costumbre. La estreché con delicadeza y me marché.

Todavía quedaban muchas horas de sol y no tenía ganas de encerrarme en mi cuarto, para poner orden en las últimas notas que había tomado. Por tanto, encaminé mis pasos a una de las tabernas de Sweetville, con la intención de tomarme una jarra de cerveza.

Apenas había cruzado el umbral, me di cuenta del inmenso error que había cometido.

* * *

Había una docena de hombres apiñados en el mostrador y todos se volvieron al mismo tiempo. Doce rostros me miraron con claras muestras de hostilidad.

Vacilé. No tengo nada de belicoso, pero tampoco me gustaba echarme atrás en un acto perfectamente lícito y de total honestidad. Di el primer paso, resuelto a tomarme la cerveza, y entonces se adelantó un hombre hacia mí.

—Váyase —gruñó—. No nos gustan los forasteros.

—Nosotros sabemos resolver nuestros propios conflictos, sin intervención de gente extraña —dijo otro.

Miré fijamente a los dos hombres.

—Creo que el dueño tendría algo que decir sobre el particular —contesté, sin perder la calma—. ¿Van a pagarle ustedes la cerveza que no me permiten tomar?

—Yo hago lo que dice la mayoría, señor Eakin—exclamó el tabernero desde el mostrador.

—Váyase —insistió el primero que había hablado.
—O le echaremos de aquí —añadió el otro.
—Nadie echará a nadie de ninguna parte —sonó de pronto la firme voz del comisario—. Buxley, Shagg, dejen que el señor Eakin se tome su cerveza.
—Pero yo puedo negarme a servirle, Abe —dijo el tabernero.
—¿De veras, Buzz? ¿Quieres que te recuerde que estás atrasado en el pago de tus impuestos? ¿Quieres que ejecute el mandamiento de embargo que tengo hace semanas en el bolsillo?
Buzz Limerick, el tabernero, se puso lívido.
—La gente no me paga —se quejó.
—Córtales el crédito —dijo Frampton, tajante—. Señor Eakin, le invito a esa cerveza.
—Gracias, pero se me ha pasado la sed —contesté—. No quiero ser, el origen de posibles disturbios.
—Muy bien, a su gusto, señor Eakin.
Buxley se acercó entonces y adelantó su rostro agresivo hacia el del comisario.
—Abe, te guste o no, un día iré y desecaré la ciénaga con cuatro cartuchos de dinamita bien puestos —dijo.
—Entonces, tendrás que atenerte a las consecuencias. Y si el señor Slattery te pilla en sus tierras y te dispara un par de balazos, hará perfectamente. ¿Vámonos, señor Eakin?
Asentí y salimos a la calle. El rechoncho comisario sacó medio cigarro puro y se lo puso en la boca.
—No haga caso de estos paletos —dijo.
—Parece que tengan miedo —observé,
—Lo tienen —admitió Frampton.
—¿A qué?
—A un monstruo que no existe. Mire, la verdad es ésta: abundan los patos silvestres en la laguna. A Slattery no le gusta que vayan a cazarlos y se inventó la historia del monstruo.
—Decían que no había apenas aves que pudieran ser perjudicadas por la desecación —recordé.
—Si se piensa en otros parajes, en donde se reúnen decenas de millares de aves migratorias, es claro que la ciénaga no se puede comparar. Pero nunca faltan, repito, algunos gansos y patos silvestres. Lo hace el propio lugar, señor Eakin.
—Entonces, usted no cree en el monstruo.
—No —Frampton hizo una mueca—. Mire, déjese de tonterías y concéntrese en otros aspectos de la historia, que son los realmente interesantes.
—Claro; pero dígame, comisario... ¿Está de parte de Slattery?
Los ojos de Frampton tenían un brillo de hielo puro.
—Estoy de parte de la ley y la ley apoya a Víctor Slattery, aunque me

disguste reconocerlo —respondió. Se tocó el ala del sombrero con dos dedos y se alejó de mí, balanceando el cuerpo pesadamente.

Encendí un cigarrillo. Frampton era un honrado y digno representante de la ley, atenazado por limitaciones que no podía rebasar, decidí finalmente. Pero de sus palabras se desprendía un dato irrefutable: no le gustaba Slattery.

* * *

De pronto, tras días más tarde, se me ocurrió la idea.

Lo primero que pensé era que no me convenía ir solo. ¿Pediría a June que me acompañase?

Valía la pena intentarlo. Había concebido el plan al atardecer y tuve que aguardar ató mañana siguiente.

Antes de las diez ya estaba en Rutledge Hall. June me pareció más atractiva que nunca, con su indumentaria jardinera. Al verme, sonrió y agitó la mano.

—Bien venido —saludó alegremente—. ¿Dónde se metió ayer?

—Trabajando en mí cuarto. Puse en limpio un montón de notas... June, ¿quiere acompañarme?

—¿Adónde, Neil?

—¿Le gustaría confirmar la existencia del monstruo?

—¡Hombre de Dios! ¿Es que también se ha pasado al bando de los crédulos y de los tontos?

—Tengo una buena idea, June. Si no resulta... aceptaré sus apostrofes y reconoceré humildemente mi error.

—Muy bien, vamos allá.

June se quitó los guantes y dejó las tijeras a un lado.

—Supongo que estoy presentable con esta ropa —dijo.

—Hechicera —contesté, a la vez que abría la portezuela derecha.

June se ruborizó.

—Sabe halagar a las mujeres —dijo.

—Sé expresar sinceramente mis opiniones.

Ella se ruborizó más todavía. Yo hice arrancar el coche y lo encaminé directamente hacia Sweetville. Se lo expliqué:

—Tenemos que entrar desde el Sur. De lo contrario, pasaríamos por delante de Slattery House y no quiero que nos vean.

—¿Es ése el único motivo? —preguntó June.

—Sí. Hemos de conseguir que aparezca el monstruo. Yo vi algo la primera noche de mi llegada. No sé qué era, pero capté el brillo de sus ojos. La luz no era favorable, ¿comprendes?

—Pudo ser una ilusión —arguyó la chica.

—Cuando vi aquello, era antes de conocer la existencia del monstruo. No se trataba de una gestión o una visión producida por el conocimiento de algo horrible y misterioso. En aquellos momentos, mis preocupaciones estaban

centradas en encontrar el camino de Sweetville.

—Y encontró Slattery House.

—Justamente.

Seguimos viajando en silencio. Poco más tarde, enfilé el camino que, sobre el terraplén, dividía la ciénaga en dos. Al llegar a las inmediaciones del puente, paré el coche y salté fuera.

Fui hacia el maletero y levanté la tapa.

—June, hace días vine aquí y Slattery me sorprendió —dije—. Yo había descendido un poco para ver el puente con Comodidad. El estaba arriba en el camino.

—¿Le dijo algo?

—Comentamos algo, sin demasiada profundidad, sobre el monstruo y el fantasma. El me invitó a ir a su casa cuando me apeteciera. Entonces fue cuando vi algo que me puso los pelos de punta.

—¿Qué era, Neil?

—Un saco lleno de trozos de carne todavía sangrantes.

June lanzó una exclamación de terror. Yo sonreí.

—No debe tener miedo —dije—. También yo lo sentí en aquellos momentos. Luego reflexioné mucho y llegué a una conclusión.

—Dígame, Neil —pidió ella ansiosamente.

—Slattery alimenta al monstruo... ¡de la misma forma que pienso hacerlo yo!

Y saqué del maletero el saco, lleno de enormes trozos de carne de vaca y de cordero.

CAPITULO VIII

Había sesenta o setenta kilos y cada trozo pesaba seis u ocho. Agarré el primero y lo arrojé todo lo lejos que pude.

El pedazo de carne chocó contra el agua y levantó una pequeña explosión de espumas verdosas. El sonido pareció un pistoletazo. A lo lejos, algunos patos silvestres, asustados, alzaron el suelo, graznando ruidosamente.

Arrojé varios trozos más, procurando enviarlos en distintas direcciones y a ambos lados de la divisoria. Luego dije:

—Ahora, esperaremos un poco. Aún me quedan tres o cuatro pedazos más, por si los que le he echado son insuficientes.

June aparecía muy seria. Era evidente que se sentía impresionada por la situación.

—Tengo en casa una escopeta —murmuró—. Debería haberla traído.

—No creo que el monstruo sea más rápido que nosotros —dije yo—. Eso en el supuesto de que intente atacarnos. Pero tendría que salir a tierra firme y abandonar un medio ambiente que le es enteramente favorable. La cosa sería diferente si nos echásemos al agua para buscarlo.

June asintió y pareció sentirse algo más aliviada. La superficie de la ciénaga había recobrado su aspecto habitual. Sólo había un ligero movimiento en las inmediaciones del puente, en donde se advertían las ondas muy suaves de una corriente que procedía invariablemente de una misma dirección.

La corriente, en todo caso, era muy lenta, apenas de kilómetro y medio a la hora y procedía del nordeste, dirigiéndose hacia el sudoeste. El terraplén de la divisoria seguía un trazado aproximado de este a oeste.

Las casas de los dos rivales estaban situadas hacia el oeste, aunque una de ellas quedaba el norte de una línea imaginaria que prolongase la divisoria. Esta era la de June. La de Slattery quedaba al sur.

Y la corriente procedía, precisamente, del trozo de ciénaga perteneciente a la muchacha.

Era un detalle en el que me fijaba por primera vez y que me hizo pensar muchísimo, tanto, que el tiempo se me pasó sin sentirlo, hasta que, de pronto, ella tocó mi brazo.

—Ha transcurrido ya media hora, Neil.

—¡Oh, perdone...! Estaba distraído...

Arrojé el resto de la carne, pero, treinta minutos más tarde, todo seguía igual.

—El monstruo no tiene apetito —dijo la chica.

—Quizá tiene una hora determinada para comer —apunté.

De repente, June crispó su mano en mi brazo. Yo la miré y vi que había en su rostro una expresión de horror infinito.

Ella tenía la vista fija a mis espaldas. Me volví y pude divisar un bulto alargado, de superficie arrugada, que se movía lentamente sobre las aguas, en

dirección hacia el puente.

—¡Ahí está! —dijo ella, con voz estrangulada por el terror.

Miré la cosa con más detenimiento. Sobre su lomo se veía una manchita blanquecina, cuyos detalles no podía percibir, debido a la distancia. Sin embargo, pronto tuve ocasión de disipar los temores de la muchacha. Y los míos, todo hay que decirlo.

—No es más que el tronco de un árbol viejo, quizá derribado por la última tormenta —expliqué.

June dejó lanzar un suspiro perfectamente audible. Yo saqué un paquete de tabaco, con ánimo de ofrecerle un cigarrillo y encender otro. Entonces, June lanzó un chillido seco, vibrante, de tonos agudísimos:

—¡Neil! ¡Esa cosa blanca! ¡Es una mano!

El tabaco y los fósforos cayeron al suelo. Yo sentí durante unos segundos un frío intensísimo. Aquella mancha blanca que había visto primeramente en el tronco era, efectivamente, la mano de una persona.

Los dos parecían engarfiados sobre la arrugada superficie vertical. Sí, se veía que era una mano humana, pero aún era imposible saber el sexo de la persona a la que había pertenecido.

Entonces, reaccioné y miré a mi alrededor. El tronco se dirigía lentamente hacia el punto de comunicación entre las dos mitades de la ciénaga. De pronto, vi un grupo de cañas y, de un salto, me situé junto a ellas y arranqué una de un formidable tirón.

Descendí por el terraplén y alargué la caña, usándola como una improvisada pértiga. Apoyé un extremo en el tronco, hice presión y conseguí desviarlo, hasta hacerlo tropezar con uno de los estribos del puente, en donde se quedó inmóvil.

June echó a correr hacia el automóvil. Yo me senté en el terraplén. Recuperé el tabaco y los fósforos y encendí un cigarrillo.

¿Por qué había muerto Ann Rath? Había dicho claramente que iba a vengarse de Slattery; pero, como fuera, no había podido cumplir su promesa.

¿Existía realmente un monstruo indescriptible, tal vez remoto superviviente de épocas arcaicas, encerrado en, para él, angosto espacio de unas pocas decenas de hectáreas de agua y fango?

La mano seguía atrayendo mi atención morbosamente. De súbito, me pareció que se alzaba para golpearme con dureza.

Me pareció extraño. Tenía que haberme golpeado en la cara, pero el dolor se produjo en la nuca. Sin embargo, todo fue muy breve, una sensación que duró fracciones de segundo. Vagamente me di cuenta de que rodaba por el terraplén, que no podía evitar la caída y que iba a sumergirme en las fétidas aguas de la ciénaga. Pero no podía evitarlo.

* * *

Alguien acercó a mi nariz un frasquito que despedía un olor punzante,

nada agradable. Tosí, estornudé, manoteé desesperadamente... Grité un par de veces, Unas manos palmearon mis mejillas.

Alguien dijo:

—Abe, tengo brandy en el maletín.

—Sí, doctor —contestó el comisario.

—¡Gracias a Dios! —exclamó June—. Parece que se recupera.

—Me pregunto qué diablos hacía metido en el agua hasta el cuello —dijo la voz desconocida, con claro acento de mal humor.

Luego, una mano acercó a mis labios un frasquito de metal y abrí la boca instintivamente para beber. El brandy pareció reanimarme considerablemente

—Vamos, despierte de una vez, hombre.

Abrí los ojos. Pude darme cuenta de que estaba tendido sobre el camino y que había varias personas a mi alrededor. Hice un esfuerzo y pude apoyarme sobre un codo.

June estaba arrodillada a mi lado.

—Neil...

Me llevé una mano a la nuca, allí donde sentía un dolor sordo y persistente.

—Creo que me atacaron —dije.

—¿Seguro? —dudó Frampton.

Le miré enfebrecido.

—¿Por qué no me cree?

—Estaba sumergido en el agua. Llegamos a creer que se había ahogado. Menos mal que llegamos a tiempo y pudimos rescatarle.

Fue entonces cuando advertí que tenía las ropas completamente empapadas. Las sensibles yemas de los dedos del doctor Huttle exploraron la parte posterior de mi cráneo.

—Sí, aquí noto un bulto —dijo.

—Alguien me atacó cuando estaba distraído contemplando el tronco y la mano de la señora Rath —exclamé.

June me miró fijamente.

—Neil, el tronco ha desaparecido, arrastrado por la corriente —explicó.

Me senté de golpe en el suelo.

—¡No!

—Es cierto —confirmó Frampton—. Y, si había alguna mano en él, cosa que no acabo de creerme, ha desaparecido.

El doctor Huttle, un sujeto de mediana edad, con grandes gafas de concha, me miraba también con expresión escéptica.

—Señor Eakin, ¿cómo y dónde estaba usted cuando recibió el golpe?

Señalé con la mano el lugar en que me encontraba en el momento del ataque.

—Ahí, sentado...

Huttle meneó la cabeza.

—El terraplén es muy resbaladizo —calificó—. Usted, sin duda, se sentó mal, resbaló, cayó hacia atrás, se golpeó la nuca con algún saliente duro y

perdió el conocimiento, Luego rodó por el terraplén y el instinto le hizo emerger, después de haberse hundido, aunque sin consciencia plena de sus actos, agarrándose a continuación a las hierbas de la orilla. Después, su imaginación le jugó una mala pasada y le hizo creer que había sido atacado.

—¡Doctor, fui atacado! —grité.

El médico cerró su maletín y se puso en pie.

—Es un golpe que no tiene la menor importancia —dijo—. Vaya luego por mi casa; le daré un sedante para que pueda descansar tranquilo esta noche. Abe, tengo todavía unos cuantos pacientes a los que visitar —se despidió.

—Adiós, doctor —contestó Frampton pensativamente.

Yo volví la vista hacia el comisario.

—¿Usted tampoco me cree? —pregunté.

Frampton se acarició la sudorosa mandíbula.

—Ahora, cuando vuelva, iré a visitar a la señora Rath —dijo.

—No la encontrará —señalé la ciénaga con la mano—. Está ahí... lo que quede de ella. ¿Va a dudar usted de la palabra de June?

—Soy una especie de Santo Tomás. Sólo creo en lo que veo —respondió Frampton ambiguamente—, ¿Quiere que le lleve hasta el pueblo, señor Eakin? —se ofreció, cortés.

—No, gracias, ya conozco el camino.

Frampton se marchó también. June y yo quedamos a solas.

En alguna parte graznaron unos patos silvestres. Ella estaba frente a mí, sentada sobre sus talones, con las manos encima de las rodillas.

—¿Piensas que he sufrido una alucinación? —pregunté.

—No, Neil. Vi la mano tan bien como te estoy viendo a ti. Pero ¿estás seguro que era la de Ann Rath?

—Reconocí el anillo de matrimonio. Lo vi cuando estuve a visitarla. Era distinto de los corrientes, más ancho, con las iniciales del matrimonio en el exterior. No puedo equivocarme, te lo aseguro.

June se mordió los labios.

—Si era Ann, ¿qué vino a hacer a la ciénaga? —murmuró.

—A mi me dijo que se vengaría de Slattery. Le consideraba culpable de la muerte de su esposo. Dijo también que le heriría en lo que más quiere, aunque no mencionó de qué se trataba. Es todo lo que puedo decirte.

Ella se quedó muy pensativa durante unos momentos.

—Quizá tenga algo que ver con los propósitos de Rath —dijo al cabo.

—¿Propósitos?

—Sí. Una vez hablé con él y me dijo que había una forma de desecar la ciénaga, sin necesidad de actuar en la parte perteneciente a Slattery. Rath había estudiado leyes, aunque nunca llegó a ejercer. Entendía bastante, pero dado... y nunca supe si lo hizo o no.

—¿Por qué?

—Murió.

—De modo que se puede desecar la laguna sin permiso de Slattery.

—Si no hay ninguna solución, tiene que hacerse en el extremo sudoeste, por donde desagua el sobrante. La laguna está alimentada por una corriente subterránea, como puedes comprender, pero no es tan intensa que permita una renovación purificadora de las aguas, como sucede en otros lagos. El sobrante es muy escaso, pero existe.

—Sí, recuerdo haber visto la corriente... June, si habló con Slattery imprudentemente de su plan, éste pudo...

Dejé la frase sin concluir. June lo comprendió en el acto.

—Slattery lo asesinó para evitar la desecación de la ciénaga —dijo.

—Exactamente.

—Pero, ¿cómo pudo ser tan imprudente y decírselo a quien sabía se negaba rotundamente a tal idea? —exclamó June.

—El alcohol desata las lenguas —dije sentenciosamente.

—Es cierto, Neil. ¿Te sientes ya mejor?

—Sí, claro.

Me puse en pie. Mis ropas estaban hechas una lástima y yo era una figura que apestaba. Subimos al coche, retrocedimos hasta el camino y emprendimos la vuelta a Sweetville.

Una vez en el pueblo, me apeé y le dije:

—Llévate el coche. Yo necesito cambiarme de ropa y darme un buen baño.

—Gracias, Neil.

Entré en el hotel. Abbie me miró críticamente.

—Debió de llevarse un buen susto, ¿eh?

—Parece que la noticia se ha extendido por el pueblo —comenté.

Ella hizo un gesto desdeñoso.

—En Sweetville no están prohibidos los licores. ¿Por qué tuvo que apartarse tanto para tomar unos tragos?

—Abbie, déme la llave de mi cuarto, por favor —dije de mal talante.

Era inútil entrar en explicaciones con la dueña de! hotel. Había existido un momento en que pude tenerla de mi lado. Ahora, si no estaba francamente en mi contra, tampoco se esforzaría demasiado por ayudarme.

El agua de la ducha arrastró el hedor que me envolvía. Permanecí largo rato bajo el chorro, refregándome con la espuma de baño. Al fin, consideré que ya estaba suficientemente limpio, corté el agua y empecé a secarme.

Un minuto después, llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté a grito pelado.

—Frampton.

—Un momento, ahora salgo.

Me enrollé la toalla en torno a la cintura y crucé la habitación. El comisario me miró, con el puro apagado entre sus dientes.

—¿No me invita a pasar?

Me aparté a un lado y señalé una mesa.

—Allí hay whisky —indiqué—. No tengo hielo, lo siento.

—No importa, lo tomaré puro.

—Usted no hace caso de eso que dicen que los policías de servicio no pueden beber, ¿eh?

—Yo estoy permanentemente de servicio. En tal caso, no podría beber nunca —contestó con plácido acento. Se quitó el cigarro de los dientes y tomó un trago más que regular—. Ann Rath no está en su casa —añadió.

—¿Lo ve? Le dijimos la verdad...

—Pero tampoco es seguro que haya muerto. Se la vio salir esta mañana temprano, en su coche, en dirección a Richland. Allí vive una hermana, suya. Simplemente, se ha ido a pasar una temporada con ella.

—Bien, en tal caso, ¿por qué no lo comprueba?

—Señor Eakin, Ann dijo, por lo menos a dos personas, que iba a casa de su hermana. ¿Por qué he de comprobar una cosa que es cierta?

Me acerqué a la puerta y la abrí de golpe.

—Comisario, la próxima vez que me encuentre una mano separada de su cuerpo, tomaré unas cuantas fotografías antes de avisarle a usted —dije.

El cigarro volvió a su sitio.

—Las manos separadas del cuerpo no abundan mucho —contestó Frampton sin inmutarse.

CAPITULO IX

—Abbie, ¿qué les pasó a Pendleton y Lockett?

La pregunta pilló de sorpresa a la dueña del hotel. Su mano tembló con el cazo de la sopa que me estaba sirviendo.

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó.

—Tengo curiosidad. Usted dijo que el fantasma se había visto antes de que muriesen, como pasó con Walter Peacock.

—El monstruo los devoró, lo mismo que a Walter —terminó de llenar mi plato y se irguió—. Pendleton y Lockett estaban furiosos con la bestia. El primero había perdido ya una vaca y cinco terneros. Lockett perdió una docena de ovejas. Decidieron acabar con la bestia.

—¿Con qué métodos?

—Rifles —contestó ella secamente.

—¿Creían que un rifle es suficiente para el monstruo?

—¿Por qué no?

—Sí, claro; no hay en la Tierra un animal que pueda resistir varios impactos de un rifle, excepto las ballenas —dije—. ¿Murieron al mismo tiempo?

—No. Hubo un par de semanas de intervalo entre las dos muertes.

—Hay un detalle que quizá nos ha pasado por alto, Abbie.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—¿Se encontraron los cadáveres?

—Si los devoró el monstruo, ¿cómo quiere que los hayan encontrado? —respondió Abbie abruptamente.

—¿Presenció alguien su fallecimiento?

—No. Un día estaban vivos y al otro día... ya no se sabía nada de ellos.

—Abbie, a menos que haya un testigo presencial, una muerte no se da por probada mientras no se encuentre el cadáver.

Ella se encogió de hombros.

—Si de mí dependiera... —masculló.

—¿Qué haría? —quise saber.

—Pegar fuego a Slattery House, con todo lo que hay dentro —exclamó, furiosa.

—¿Incluida el ama de llaves?

Abbie se sobresaltó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Exactamente lo que he dicho —repuse.

—Bueno, pero, ¿por qué ha mencionado a! ama de llaves?

—Es su hermana, Abbie.

—¿Se lo ha dicho Amanda?

—No puedo contestar a esa pregunta.

Hubo un instante de silencio. Luego, Abbie volvió a encogerse de

hombros.

—Bueno, a fin de cuentas, poco importa. Todo el mundo lo sabe en el pueblo.

—Incluyendo a Slattery, me imagino.

—Sí. Oiga, si Amanda y Slattery son... Bueno, quiero decir que a nadie le importa lo que hacen allí. A fin de cuentas, son mayores de edad.

—¿A usted tampoco le importa?

—¿Podría impedírselo? Amanda tiene ya treinta años. Es capaz de decidir por sí misma.

—Desde luego —sonreí largamente—. La sopa está muy buena —elogié.

—¡Pero si no la ha probado! —exclamó Abbie.

—Ahora voy a concentrar mi atención en ella —declaré, dando la conversación por terminada.

Abbie se marchó, con gran balanceo de sus poderosas caderas. Me pregunté cuál sería el estado real de las relaciones entre ambas hermanas. Si no parecían enemistadas, tampoco daban la sensación de sentir un aprecio recíproco propio del parentesco que les unía.

* * *

Había terminado la lectura del libro y apagué la luz, pero no sentía sueño. Sin embargo, tampoco tenía ganas de leer.

Encendí un cigarrillo. Por la ventana abierta entraba una brisa fresca. El silencio en Sweetville era absoluto.

De pronto, percibí voces casi debajo de mi ventana. Las había oído muy pocas veces, pero pude reconocer a los hombres en el acto.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Count Shagg.

—Sí, aquí lo tengo.

—¿Cuánto?

—Veinte cartuchos, con las mechas y los fulminantes. Count, ¿dónde diablos está tu coche?

—Lo siento, Dick; se me averió esta noche, cuando probaba el motor. Es cosa del carburador, seguro, pero yo no entiendo demasiado...

Buxley soltó una maldición.

—Entonces, ¿qué diablos hacemos —exclamó exasperado.

—¡Mira! —Dijo Shagg—. Aquí está el coche del escritor. Y tiene las llaves puestas.

Yo me insulté por haber olvidado las llaves en el coche, pero, claro, no tenía ya remedio. Por un momento, pensé en salir a la ventana y ahuyentarlo a gritos, pero casi en el mismo instante, escuché algo que me hizo cambiar de opinión.

—Espera, Dick —dijo Shagg—. No quiero ir desarmado. Voy a casa a buscar mi rifle. Siempre será una buena protección, ¿te parece?

—De acuerdo, pero no tardes, Count —gruñó Buxley.

—Cinco minutos solamente, Dick.

Entonces, yo me levanté de la cama y me vestí apresuradamente. Bajé al vestíbulo y me asomé a la puerta.

Buxley estaba ya sentado tras el volante. Yo permanecí en el mismo sitio, en las sombras, sin dejarme ver. A los pocos minutos, divisé a un hombre que corría hacia el automóvil con un rifle en las manos.

—Ya estoy —dijo Shagg—. Arranca, Dick.

Entonces salí de mi escondite y corrí agachado hacia el automóvil. Cuando empezaba a moverse, abrí la tapa del maletero y me colé de un salto en su interior.

El automóvil adquirió velocidad rápidamente. Yo permanecí agazapado en el interior del maletero, sujetando la tapa con una mano, a fin de dejar una abertura que permitiera el paso del aire respirable. Así recorrimos una distancia que estimé en unos cinco kilómetros.

El coche dejó la carretera y se adentro por un camino irregular, cosa que noté en el movimiento del maletero. Al cabo de unos minutos, noté que se detenía y percibía el cese del ruido del motor.

Escuché atentamente. Los dos ocupantes se apearon cada uno por su lado. Percibí claramente el jadeo de Buxley al alargar sus manos al interior del vehículo, para recoger el paquete de explosivos.

—Colocaré la mitad de los cartuchos en la brecha sudoeste —explicó—. Creo que será suficiente, pero, por si acaso, tengo diez cartuchos más de repuesto.

—La explosión se oirá desde Slattery House —objetó Shagg, aprensivo.

—¿Crees que no lo sé? Pero cuando vengan será demasiado tarde. Incluso nos dará tiempo a poner la otra carga, si es necesario.

—Dick la mecha se puede humedecer...

—Está protegida, no te preocupes. Es mecha especial para provocar explosiones debajo del agua. —Me pareció ver incendiarse los ojos de Buxley —. Lástima que el maldito monstruo no esté en las inmediaciones. Le metería todos los cartuchos por su condenada bocaza.

—¿Crees que morirá, si se deseca la ciénaga?

—Tan seguro como tú y yo estamos juntos ahora. ¡Vamos!

Los dos hombres se alejaron. Entonces, me atreví a salir del maletero, aunque sin alejarme del coche.

La oscuridad era absoluta. En aquel paraje, los árboles ocultaban por completo la luz de la luna. Sin embargo, pude distinguir los oscilantes movimientos de la linterna que llevaba uno de aquellos individuos.

La luz de la linterna desapareció también. Yo quedé en el mismo sitio, mordiéndome los labios irresolutos. ¿Debía intervenir? ¿Era mejor permanecer al margen del asunto?

Entonces recordé el incidente de la taberna. A los habitantes de Sweetville no les gustaba que los extraños interviniesen en sus conflictos. Shagg era muy capaz de pegarme un tiro con su rifle. Cuando los oyese volver, me escondería

de nuevo en el maletero y...

De repente, una voz distante, pero perfectamente inteligible, llegó a mis oídos.

—¡Buxley! ¡Deja eso inmediatamente!

—¡No, maldita sea! Voy a volar esta maldita ciénaga... Count, condenado, dispárale... Mátalo... ¡Count! ¡No te escapes, cobarde!

En aquel instante, sonó un disparo. Una fracción de segundo más tarde se produjo una aterradora explosión.

Pareció como si hubiera surgido un volcán en la ciénaga. Un colosal chorro de fuego subió a lo alto, disipando las tinieblas en un vasto espacio, durante una fracción de segundo. Luego vino el soplo de la onda explosiva, por fortuna muy disminuido por la distancia y por el obstáculo natural de los árboles.

De pronto, oí pasos precipitados en las inmediaciones. Ya no me daba tiempo de esconderme en el interior del coche y tuve que ocultarme al otro lado.

Shagg pasó junto al automóvil, corriendo enloquecidamente, sin darse cuenta siquiera de lo que hacía. Tampoco parecía notar que teñía un rifle en las manos. Lo único que le interesaba era escapar, cuanto más pronto, mejor.

El individuo se perdió en la oscuridad. Entonces, pensé en volver al pueblo en mi propio coche. Pero casi en el acto, escuché voces que se acercaban.

—El otro debe de estar por aquí —dijo Slattery.

—Corría como un desesperado —manifestó Rudolph—, No creo que le demos alcance, señor.

Yo pensé que lo mejor era esconderme de nuevo en el maletero. Apenas lo había hecho, oí una exclamación:

—¡Mire, señor, un coche!

Claramente me imaginé la escena. Slattery dando vueltas en torno al coche, con una linterna para alumbrarse...

—Vaya, si es el del escritor —dijo burlonamente.

—¿Era él quien huía? —supuso Rudolph.

—No lo creo. En todo caso, no habría dejado aquí el coche. Más bien me inclino a pensar que el miedo no le dejaba razonar a Shagg.

—Sí, puede que tenga usted razón. De todos modos, después de esto, no se atreverán a intentar nada más.

—Ese idiota de Buxley no es ahora más que un montón de pedazos —masculló Slattery—, Por poco nos mata también a nosotros. Debió de traerse un montón de cartuchos de dinamita... Rudolph, vuelve por el mismo camino; si encuentras algo, ya sabes a qué me refiero, tíralo al agua.

Me estremecí. No era posible que quedase gran cosa de Buxley, después de la explosión de veinte cartuchos de dinamita. Pero Slattery quería cubrir todas las eventualidades.

—Yo llevaré el coche del señor Eakin al pueblo—dijo—. Si me preguntan algo... bueno, ya sabré encontrar una explicación.

—Shagg puede hablar —apuntó Rudolph.

—Le haré una visita y le ordenaré lo que tiene que decir, si es que quiere seguir viviendo —contestó Slattery con acento lleno de dureza.

El coche se puso en marcha a los pocos momentos. Todavía, después de llegar a Sweetville, dejé pasar un buen rato, antes de atreverme a abandonar mi escondite.

Entonces, subí a mi habitación y, agotado, me dejé caer sobre la cama. Una pregunta acudió de pronto a mi mente.

¿Cómo había sabido Slattery tan oportunamente que Buxley se disponía a poner en práctica la operación de desecado de la ciénaga?

* * *

Por la mañana, el pueblo parecía aplanado, sumido en un ominoso silencio que causaba una tétrica impresión. Las pocas personas que se veían por la calle caminaban con gran rapidez, como si temieran que les sucediese algo horrible. Yo desayuné con toda normalidad y, al terminar, me dispuse a dirigirme a Rutledge Hall.

Subí al coche y arranqué. Un poco más adelante vi a Frampton que me hacía señales con el brazo. Frené y esperé a que se acercase.

—Le supongo enterado de lo ocurrido esta noche, señor Eakin.

—No —mentí—. ¿Qué ha pasado?

—Buxley intentó volar la brecha sudoeste de la laguna y la dinamita le explotó en las narices. ¿No ha oído la detonación?

—En absoluto. Pero creo que hay lo menos cuatro millas...

—Aun así, el ruido de veinte cartuchos llega muy lejos —dijo Frampton, mirándome con ojos críticos.

—Tengo el sueño muy profundo —me defendí—. ¿Quién le ha informado?

—El propio Slattery. Sospechaba que pudieran hacerle una cosa semejante y disparó un tiro de advertencia, pero no creía que podría alcanzar de lleno la dinamita.

—¿Piensa detenerlo?

—Habrá una audiencia preliminar, para ver si se inicia o no un proceso. Tengo la impresión de que la cosa no seguirá adelante.

—Slattery defendía su propiedad, ¿no es así?

Frampton asintió.

—Tiene pleno derecho a ello —se llevó la mano al sombrero—. Puede continuar, señor Eakin.

—Gracias, comisario.

Quité el pie del freno y lo puse en el acelerador. El coche arrancó en dirección a Rutledge Hall.

CAPÍTULO X

June me miró con infinita curiosidad cuando le hube relatado todo lo sucedido la noche anterior.

—Y dices que presenciaste la explosión —exclamó, cuando hube terminado de hablar.

—Lo correcto sería decir que vi el fogonazo y escuché el trueno. Pero no vi el encuentro entre Slattery y los otros dos individuos.

—Neil, ¿sabes?, hay una cosa que me llama mucho la atención.

—¿De qué se trata, June?

—Slattery vigilaba la brecha por donde desagua el escaso sobrante de la laguna. La dinamita, por supuesto, habría ensanchado enormemente la brecha, por lo que la desecación se habría producido en pocas semanas, cuando no días. Pero, ¿por qué estaba allí tan oportunamente?

—También yo he pensado en eso —contesté—, aunque no se me ocurre ninguna idea.

—Alguien le avisó, Neil.

—¿Lo cree así?

—No tengo la menor duda. Mira, tu coche no empleó ni media hora en llegar al punto donde lo detuvo el conductor que lo robó. Luego, para llegar a la brecha, emplearían, como máximo, quince o veinte minutos más. En total, unos cincuenta minutos.

—Sí, es cierto —admití.

—Slattery ya estaba allí, aguardándoles. Conoces la forma de la ciénaga, ¿verdad?

—Más o menos...

—Es un gran cuadrilátero, en líneas generales, claro, y sus ángulos son redondeados. Desde Slattery House a la brecha hay lo menos cuatro kilómetros y el camino no es nada fácil. No es lo mismo andar por un sitio completamente despejado que a través de la espesa vegetación que bordea la ciénaga.

—Emplearía más de una hora, ¿no es eso lo que quieres decir?

June asintió.

—Y, además, no hizo todo el viaje a pie —añadió.

—¿En coche?

—En barca.

Yo puse cara de sorpresa y ella lo advirtió.

—Sí, recuerda los pastos silvestres —dijo—, Víctor tiene una barca de fondo plano, con la que a veces sale a cazar. Conoce la ciénaga como nadie y pudo utilizar la barca para dirigirse a la brecha, siguiendo una línea diagonal que le ahorró tiempo y camino.

—June —dije—, lo que resulta absolutamente incomprensible es su obcecación por no querer desecar la laguna. Es una actitud irrazonable, fuera

de toda lógica, ¿no te parece?

—Es algo que nunca he comprendido —respondido ella—. Hasta ahora, a decir verdad, yo tampoco tenía demasiado interés en el asunto. Pero me parece que ya es hora de que yo también empiece a desecar la ciénaga.

—¿Por qué? —pregunté.

June pareció sentirse un poco confusa.

—Mis finanzas no andan demasiado boyantes —contestó—. Si no hago pronto algo... tendré que vender Rutledge Hall. Cada día me cuesta más su mantenimiento y lo sentiría enormemente, puesto que es una posesión que ha pertenecido a la familia desde hace más de doscientos cincuenta años.

—¿Qué harías si consiguieras desecar la laguna?

—Agua no faltaría nunca, puesto que hay un manantial que alimenta el caudal de la ciénaga. Pero me quedaría algo así como mil doscientas hectáreas de tierra cultivable. Hay sitio suficiente para frutales, algodón... Lo comprendes, ¿no?

—Desde luego.

—¡Ah! —exclamó ella de pronto—. Ya lo he encontrado. Trabajo me ha costado, no creas, pero he conseguido averiguar quién puso el escorpión muerto en tu cama.

—¿De veras?

—La letra corresponde al hombre que pereció anoche, despedazado por la explosión.

Hice un movimiento de cabeza.

—Tengo la impresión de que era un tipo frustrado.

—Nada más exacto —corroboró ella—. El tipo al que se le pueden aplicar las tres erres.

—¿Cómo?

—Ruin, resentido y rencoroso.

—Muy apropiado —respondí. De pronto, la miré a través de los ojos entornados—. June, ¿te atreverías a acompañarme en una incursión que tengo que hacer?

—¿Dónde? —quiso saber ella antes, sin comprometerse a nada.

—En Slattery House.

—¿Cuándo?

—Por la noche. Por cierto, ¿tienes perros?

—No. Los detesta.

—Eso facilitará las cosas —me encaminé hacia la puerta—. Vendré después de las diez.

—De acuerdo; pero dime, ¿qué esperas encontrar allí?

—No lo sabré hasta que lo haya encontrado —contesté ambiguamente.

Y, de pronto, cuando ya me disponía a salir, recordé algo:

—June, ¿sabías que Abigail Lowry y Amanda Cordwainer eran hermanas?

—Sí, todo el mundo lo sabe en Sweetville.

—¡Oh...! Claro, yo soy forastero... ¿Hace mucho tiempo que Amanda es el

ama de llaves en Slattery House?

—Algunos meses nada más. Permaneció mucho tiempo ausente del pueblo. Yo diría que estuve casi diez años fuera, ya que se marchó cuando era muy joven. De pronto, un día, volvió... y se procuró el empleo que ahora tiene. Algunos dicen que es algo más que ama de llaves; pero ¿quién puede asegurarlo? Y ¿quién puede reprochárselo a Slattery? Ella es muy guapa y él, visto con ojos femeninos, también tiene su atractivo.

—Pero no para ti.

—No, desde luego, Neil.

—Otra cosa. Amanda me dijo que, en contra de lo que aseguraba el libro, el tesoro existe.

June hizo un gesto negativo.

—A este respecto, soy absolutamente escéptica —respondió.

* * *

La calle mayor de Sweetville estaba completamente desierta. Eran las dos de la tarde y los rayos del sol caían con fuerza, provocando el aplanamiento de la gente y la natural falta de ganas de hacer el menor esfuerzo. Yo estaba seguro de que el noventa por ciento de los habitantes estaban durmiendo la siesta. El diez por ciento restante, se disponían a hacer lo mismo.

Bajé silenciosamente al vestíbulo y pasé al otro lado del mostrador. Con gran cuidado, abrí la puerta y entonces presencié un espectáculo singular.

Abbie estaba tendida en una hamaca de mimbre, protegida por un pequeño colchón de espuma. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Su bata también estaba abierta. Las manos se apoyaban en los brazos de la hamaca y su respiración era lenta y regular.

Cerré de nuevo con todo cuidado y me encaminé sin pérdida de tiempo hacia la salida. Una vez en la calle, doblé la primera esquina, me metí por el callejón y seguí caminando por la parte trasera de los edificios, hasta alcanzar mi objetivo.

Era la casa de Ann Rath. Hurgué en la puerta posterior. Estaba cerrada con llave. Me acerqué a una de las ventanas contiguas y pude levantar el batidor.

Ello me permitió la entrada en la casa. Por fortuna, Frampton también debía de estar durmiendo su siesta. No había pues peligro de que me sorprendiera.

Atravesé la cocina y pasé a las habitaciones interiores. No tardé mucho en encontrar una especie de gabinete de trabajo, en el que vi un antiguo escritorio de persiana, aunque en magníficas condiciones de conservación. Era un mueble muy bonito y habría resultado el complemento adecuado para la decoración de una casa, en determinadas circunstancias. Pero yo no estaba allí para admirar la belleza de ningún mueble.

Me acerqué al escritorio y abrí sucesivamente los cajones, registrando su contenido con toda minuciosidad. Al terminar, no había encontrado nada

interesante.

Luego probé a levantar la persiana. Había sido cerrada con llave y ésta no aparecía en su sitio, pero ello no me arredró. Saqué la navajita que había pertenecido a Peacock, la abrí y empecé a forcejear en la cerradura. Segundos más tarde, sonó un ligero chasquido.

Levanté la persiana. Había allí algunos papeles y un par de libretas con anotaciones. También encontré una carta, cuyo matasellos me hizo saber que había sido escrita muy recientemente.

Estaba dirigida a Malcolm Rath y el membrete pertenecía a una importante firma de asesoría legal de Richland, la capital del condado. Pero antes de que pudiera leerla, escuché ciertos ruidos en la puerta principal.

Escapé a la carrera, no sin haber bajado la persiana del escritorio. Llegué a la cocina y me situé tras la puerta, dejando una rendija para poder ver la cara del que acababa de entrar.

Era Slattery, quien se detuvo unos instantes en medio de la sala. Con movimientos distraídos hacía saltar una llave en la palma de la mano. Ya no me cabía la menor duda de que aquella llave había estado primeramente en poder de... ¿de Malcolm Rath? ¿De Ann, su viuda?

Slattery permaneció así un momento, indeciso y luego, con paso firme, se encaminó al despacho. Entonces yo di media vuelta y escapé por la ventana. Cerré con todo cuidado, para no hacer el menor ruido. Luego emprendí el regreso al hotel.

Me asomé al cuarto de recepción. Abbie seguía roncando, sumida en el mejor de los mundos. Me dieron ganas de arrearle un pellizco en uno de sus carnosos muslos, pero resistí la tentación y subí a mi cuarto.

* * *

—De modo que persistes en tu idea de hacer esa incursión —dijo June por la noche.

Jethro nos había servido un café exquisito y yo iba ya por la tercera taza. Asentí, a la vez que removía el azúcar con una cucharilla.

—Ahora más que nunca —contesté.

—¿Por qué, Neil?

—Quiero encontrar pruebas de que Slattery es un asesino.

—Puede que lo sea, pero tú, Neil, no eres policía. Si sospechas de un crimen, tu deber es informar a los representantes de la ley, Frampton en el presente caso.

—Pasaré por alto tu objeción —contesté un tanto pedantemente—, diciéndole que conviene actuar con un máximo de discreción, cosa que no podría hacer Frampton, puesto que se presentaría en Slattery House, anunciando claramente sus propósitos, como es su obligación. Y eso sólo daría resultados contraproducentes.

—Muy bien —dijo ella—. Supongamos que tu actitud es acertada, aunque

no correcta técnicamente. ¿Por qué obrar así, Neil?

Entonces, saqué la carta que había encontrado en el escritorio de Malcolm Rath y se la tendí para que la leyera.

—Ahí tienes los motivos del crimen..., de dos crímenes —dije.

June extrajo la carta del sobre y empezó a leería. Al terminar su rostro expresaba una infinita sorpresa.

—De modo que es eso —exclamó.

—Justamente —confirmé—. La ciénaga se puede desecar perfectamente, sin necesidad de ensanchar el desagüe de la brecha sudoeste. A fin de cuentas, hay ciénaga porque hay manantial... y está dentro de tu propiedad. Las charcas estancadas se secan cuando no hay manantiales que las alimenten y mantengan su nivel habitual, como sucede en el presente caso.

»Rath consultó el asunto con una importante firma de asesoría legal de Richland. Ahí tienes la respuesta. Puedes cegar el manantial, porque el propietario de la mitad de los terrenos no ha hecho jamás el menor esfuerzo para ponerlos en cultivo. La cosa sería muy distinta si las tierras que ahora están anegadas fuesen cultivables y su dueño viviese del producto de la agricultura. Tú no podrías dejarle sin agua, ni siquiera con una fuerte indemnización. Pero ahora esos terrenos son baldíos, y precisamente porque están cubiertos de agua.

—De modo que eso es lo que consultó Rath.

—Sí, pero se portó imprudentemente y se lo dijo a Slattery. Entonces, éste decidió que Rath debía morir.

—Y le mató de un modo diabólicamente ingenioso...

—Y luego asesinó a Ann, porque ésta sabía la historia y quería vengarse. La venganza de Ann iba a consistir en desecar la laguna... porque así moriría el monstruo.

—«Le heriré en lo que más quiere» —repitió June, meditabunda—, ¿Es posible que Slattery adore al monstruo?

—June, hay personas que tienen animales domésticos: un perro, gatos, un loro... Y los quieren y los miman de forma exorbitante, irracional... ¿Por qué no le iba a pasar lo mismo a Slattery con su monstruo?

—Lo cuida, lo mima..., le da de comer...

June se puso una mano en la boca.

—Neil, por favor.

—Lo siento. Y ahora, dime, ¿estás decidida a acompañarme?

—Sí —respondió la chica—. Completamente decidida, Neil.

Consulté mi reloj.

—Son las diez de la noche —dije—. Esperaremos un par de horas más, a fin de dejar que se acuesten en Slattery House.

Hubo un momento de silencio. Luego, June me hizo una pregunta:

—Neil, ¿qué se puede hacer para cegar el manantial?

—Por supuesto, la desecación sería mucho más lenta que si se ensanchase el desagüe natural y se practicase allí un profundo canal para la salida de las

aguas, pero no por ello dejaría de ser seguro. Bastaría localizar el manantial y emplear unos cuantos cartuchos de dinamita.

—Algún día lo haré —dijo ella resueltamente—. Y no tardaré mucho, te lo prometo.

—Está bien, June, Después, una vez desecada la ciénaga, podrás perforar en el mismo sitio y tendrás agua para tus cultivos.

CAPITULO XI

Slattery House se alzaba ante nosotros, oscura, silenciosa, tétrica silueta que destacaba en negro contra el cielo estrellado. El coche había quedado en Rutledge Hall, a fin de evitar se pudiera percibir el ruido del motor en un ambiente de casi total silencio.

A lo lejos croaban algunas ranas. Un pájaro nocturno graznó estridentemente. Una lechuza emitía su lúgubre siseo.

Avanzamos paso a paso hacia la casa. De pronto, me desvié hacia la derecha.

—¿Adónde vamos? —preguntó June, sorprendida.

—No creo que lo que busco esté en la casa —respondí—. Y no levantes la voz —le reproché.

—Lo siento —dijo, contrita.

Momentos después, alcanzábamos un cobertizo destinado a garaje y para guardar herramientas. La puerta estaba cerrada con un fuerte candado. Yo no podía forzarlo, ni tampoco tenía medios apropiados. Pero sí podía intentarlo con una de las ventanas laterales, situada a un par de metros del suelo.

De nuevo utilicé la navaja de Peacock. Al fin, conseguí abrir la ventana.

—Yo entraré primero y luego te ayudaré —dije.

June asintió. Hicimos lo que había indicado y pronto estuvimos en el interior del cobertizo. Un fósforo me sirvió para encontrar el interruptor de la luz. Entonces, pudimos contemplar lo que había allí con toda facilidad.

El cobertizo era bastante amplio y podía contener sin dificultad hasta cuatro coches, aparte del espacio dedicado a herramientas y útiles de jardinería. En aquel lugar, sin duda, había estado mi automóvil la primera noche de mi llegada al país.

Había un coche intacto. Otro ofrecía el aspecto propio del desguace.

Faltaban numerosas piezas, sobre todo de la carrocería, y algunas estaban esparcidas por el suelo. El motor colgaba de una polea sujeta al techo.

Faltaba la matrícula, pero June lo reconoció en el acto, pese a su aspecto casi inidentificable.

—¡Es el coche de los Rath!

—Lo presentía —dije.

June se sintió atacada de pronto por un fuerte temblor.

—Entonces... trata de hacer desaparecer las pruebas de su crimen.

—Del segundo, porque el primero, oficialmente, fue un accidente —le recordé—. La noche en que murió, alcanzado por el rayo, Rath vino aquí en el coche. Slattery, con toda seguridad, se lo devolvió a la viuda.

—Y Ann vino luego aquí...

—Engañada, sin duda. Vaya, había otra puerta y no nos habíamos fijado en ella —exclamé de pronto.

Crucé el cobertizo, llegué a la puerta y quité la barra de seguridad. Al

abrirla, vi que daba directamente a la explanada trasera de la casa.

Súbitamente, June me agarró por el brazo.

—Mira, Neil —dijo en voz baja.

Volví la cabeza. Hasta entonces, había permanecido oculta por el coche intacto, pero ahora, en aquel lugar, podíamos verla con todo detalle. Estaba tendida de «costado», pero yo me acerqué para situarla en su posición natural.

Pesaba muy poco, y era lógico, dada su utilidad. Retrocedí un par de pasos y contemplé la cometa con aspecto de fantasma.

—De modo que había dos —dijo ella.

—Quizá haya construido ésta después de que el rayo quemara la primera —apunté.

Entonces, June vio algo y corrió para agacharse y cogerlo con las dos manos.

—No, Neil; ésta es la primera cometa que vimos siempre —exclamó—. Mira el cordel. Es de plástico, aislante de la electricidad.

—Sí, creo que tienes razón —admití, al examinar el cordel—. Así se explica que no corriera riesgos en noches de tormenta.

—Y cuando decidió matar a Rath, utilizó otra cometa con hilo metálico.

—Así sucedió —contesté.

—Neil, ¿es esto una prueba que pueda afirmar se ha cometido un asesinato?

—La corneta, no,, evidentemente, pero sí el coche desguazado.

—Es cierto —murmuró June—. ¿Dónde esconderán las piezas?

—La respuesta es obvia; en la laguna.

—¡Claro! Allí no las encontrarán jamás...

De repente, se oyeron voces en la entrada delantera. June se asustó terriblemente.

—Neil, viene alguien —dijo.

—Sal por detrás —indiqué.

—Pero...

—Haz lo que te digo, pronto —insistí—, Quiero quedarme unos momentos, para ver lo que sucede. Si tardo, avisa a Frampton.

—Esto no me gusta, Neil —protestó la chica.

—¡Haz lo que te digo! —exclamé, irritado.

Entonces, June cedió y salió por la puerta trasera, echando a correr con la mayor rapidez posible. Yo di un salto hacia adelante y me agazapé detrás del coche de! dueño de la casa.

La puerta se abrió al fin, tras unos chirridos de protesta del candado, falto de grasa. Alguien avanzó unos pasos. De pronto, dijo:

—Es inútil que se esconda, Eakin. Sé que está ahí, de modo que dé la cara como los hombres.

* * *

Me incorporé lentamente. Slattery y yo nos contemplamos, con el automóvil en medio. Slattery sonreía de una forma muy peculiar.

—No he hecho ruido —dije intencionadamente.

—No estamos aquí por el ruido que haya podido hacer, sino por ese coche —contestó él, señalando hacia el vehículo en desguace.

—¡Ahí Piensan continuar la tarea.

—Por supuesto. Es preciso eliminar ¡as pruebas —dijo Slattery cínicamente.

—Luego admite haber asesinado a Ann Rath.

Slattery suspiró.

—Se había convertido en un asunto enojoso. Era preciso resolverlo —contestó.

—¿Cómo lo resolvió?

—Bastó un buen golpe en la cabeza.

—Y luego, arrojó el cuerpo a la laguna.

—Sí.

—¿Cómo consiguió que Ann viniese a su casa?

—Fue sencillo. Le dije que tenía unas notas de su marido relativas a la desecación de la ciénaga. Vino disparada, como atraída por un imán.

—Usted no quiere que se deseque la ciénaga. Rath sabía cómo conseguirlo.

—Es cierto.

—Y lo asesinó mediante un ardid rebosante de diabólico ingenio.

—¿Quién puede culpar al rayo de la muerte de una persona? —se burló Slattery.

—Sobre todo, si el cable de la cometa es metálico.

Slattery se puso rígido.

—Lo sabe —dije.

—Vi a Rath jugando con la cometa. Y también le vi perecer fulminado por la descarga eléctrica.

—Es usted un hombre muy incómodo —calificó Slattery—. ¿Por qué diablos se le ocurriría venir a escribir su maldito libro?

—El tema resulta interesante —respondí.

—Pero no habrá final de la enemistad. June y yo seguiremos siendo rivales.

—June desecará la ciénaga. Puede hacerlo, quiere hacerlo y le asiste el derecho de hacerlo —dije firmemente.

—¡No! —gritó Slattery.

—Usted sabe bien que es cierto lo que estoy diciendo. Por eso, precisamente, murieron Malcolm y Ann Rath. Y no hablemos ya del tonto de Buxley, ni de Walter Peacock.

—¡Peacock se emborrachó y cayó a la laguna!

—Eso no es cierto —contradije—. Peacock estuvo aquí, la noche en que llegué yo, perdido en la tormenta. Usted y Rudolph lo calificaron de

entrometido.

—Aunque así fuera, no podría probarlo, Eakin.

Estuve a punto de mencionar la navajita de Peacock, pero un instinto de autoprotección me hizo callar el detalle.

—Yo le escuché cuando hablaba con Rudolph y calificaba a Peacock de entrometido. Luego, se marcharon. Usted, al regresar, abrió la puerta de mi habitación y creyó que estaba dormido, pero no era cierto. Más tarde, me asomé y vi las huellas de sus pies, todavía húmedas y con barro, en el suelo del corredor. El olor de la ciénaga vino también con usted. ¿Se atreve a negarlo?

—¿Serviría eso como prueba ante un tribunal? —preguntó, desafiador.

—Quizá se encuentren las pruebas cuando se deseque la ciénaga —contesté.

Slattery soltó una risita.

—Lo dudo mucho —exclamó.

—Víctor, ignoro qué clase de animal habita en esa ciénaga, aunque me imagino que debe ser una bestia terrible. Pero no creo que digiera también los huesos.

Ahora, Slattery me miraba torvamente.

—Eakin, no puedo permitir que siga viviendo —dijo—. Tuvo suerte el otro día; no se sumergió por completo en la ciénaga.

—Entonces, ¿admite que me atacó?

—A estas alturas, sería absurdo negarlo.

—Creyó que me hundiría por completo... y si no se quedó a comprobar mi muerte, fue porque tenía prisa por hacer desaparecer la prueba del asesinato de Ann Rath. ¿No es así?

Slattery hizo un movimiento afirmativo.

—La ciénaga hace desaparecer todo, incluso un automóvil —dijo—. Usted también desaparecerá y nadie le verá jamás.

—Para eso tendrá que asesinar a June.

—¿Cree que no soy capaz de hacerlo? Lo único que pasará es que tendré que esperar algún tiempo...

—No puede esperar. June conoce el informe de la empresa de asesoría legal de Richland. Iniciará muy pronto los trabajos de desecación. En realidad, le bastará contratar a un experto, buscar el manantial y hacer explotar una carga de dinamita.

—¡No! —Aulló Slattery—. No lo permitiré jamás.

—Temo que no está en situación de impedir algo que es perfectamente legítimo —contesté.

El me miró atravesadamente.

—¡Jamás, jamás! —dijo con voz sorda.

—¿Tanto quiere al monstruo? —pregunté súbitamente.

Slattery pareció sorprenderse. Era como si le hubiesen asestado un tremendo puñetazo en el pecho.

—Usted no lo comprende —contestó roncamente—. El monstruo no me importaría, si no...

Hizo una breve pausa.

—Pero muy pronto, esta misma noche, tendrá ocasión de comprobarlo por sí mismo —añadió, a la vez que movía la mano—. Dale, Rudolph —ordenó.

Y antes de que pudiera hacer el menor movimiento defensivo, sentí un terrible dolor en la nuca y caí hacia adelante sin sentido.

CAPITULO XII

Desperté, después de un tiempo que no pude precisar, y me encontré acostado sobre un suelo duro que, sin embargo, se movía suavemente. La voz de Slattery sonó alta sobre mi cabeza.

—No, no hace falta que vengas, Rudolph; yo me encargaré de todo.

—Muy bien, señor Slattery.

El movimiento del suelo se acentuó y entonces supe que estaba tendido sobre el fondo de la barca. Pero también estaba atado de pies y manos.

Mis manos quedaban a la espalda, por lo que la postura resultaba altamente incómoda. Al abrir los ojos, procurando hacer caso omiso del dolor que sentía en el cráneo, pude ver a Slattery en el otro extremo de la barca, provisto de una larga pértiga.

Desee que June hubiese llegado a su casa. Si avisaba al comisario...

Slattery movió la pértiga y la embarcación empezó a surcar las negras y hediondas aguas de la laguna. Yo hice un movimiento, para sentirme más cómodo, y Slattery lo notó en el acto.

—¿Está despierto, Eakin?

—Sí. ¿Qué va a hacer conmigo? —pregunté.

—Voy a presentarle al monstruo —rió diabólicamente.

Me estremecí.

—Sera capaz...

—No le quepa la menor duda.

Había una linterna sujeta a la proa de la embarcación. Slattery estaba en la popa y la luz proporcionaba a su rostro un aspecto demoníaco.

—Le arrojaré al agua, atado de pies y manos —continuó—. Pero podría hundirse y sus sufrimientos acabarían en unos pocos minutos. Cerca de usted hay un chaleco salvavidas. Flotará y, por instinto, pataleará y se moverá. La agitación llegará hasta el monstruo, que acudirá... ¡y usted podrá verlo antes de morir destrozado por sus fauces!

—Lo mismo que Pendleton y Lockett —dije.

—Me molestaban demasiado con sus quejas por la falta de cabezas de ganado. Ambos prometieron eliminar al monstruo. No podía permitirlo.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué clase de cariño siente usted por ese horrible animal? ¿No cree que sea un sentimiento enfermizo?

Slattery lanzó una ruidosa carcajada.

—¿Cariño por esa bestia? ¡Pues claro que no, hombre! Si .algún aprecio le tengo, es el de la utilidad que tiene para mí, nada más. De otro modo, créame, yo mismo lo habría eliminado con un par de buenos cartuchos de dinamita. Pero tiene que vivir, me conviene que siga viviendo.

—¿Por qué? —insistí, sin comprender los motivos de la actitud de Slattery.

—Lo sabrá en el momento oportuno —respondió, evasivo.

Entonces, de súbito, me acordé de la navajita de Peacock.

Estaba en el bolsillo posterior de mis pantalones. Contorsionando los dedos, conseguí sacarla.

Luego, con infinita paciencia, empecé a abrirla, hasta que quedó completamente desplegada. Acto seguido, y con la mayor precaución, empecé a cortar las cuerdas que ataban mis muñecas.

Lo difícil sería cortar las ligaduras de mis tobillos. Mis movimientos, ahora, pasaban desapercibidos para Slattery. Pero cuando me sentase para cortar el resto de las ataduras...

No obstante, continué mi labor. Al menos, intentaría salvar mi vida.

De repente, Slattery lanzó una terrible imprecación.

Fue un espantoso grito, en el que se encerraba una furia indescriptible. Haciendo un esfuerzo, erguí el torso, para ver qué sucedía, y divisé una luz a unos cien metros de distancia.

Una persona se movía en un trozo de tierra firme, una especie de isleta, situada en el centro de aquel sector de la ciénaga. Casi en el mismo instante, terminé de liberar mis manos.

Slattery fue hacia la proa, pasando por encima de mí, y me dio la espalda, mientras emitía toda suerte de improperios. De repente, sonó un disparo.

El arma tronó en la isleta. Slattery lanzó un horrible alarido, se llevó las manos al pecho y cayó a un lado, levantando una gran masa de espuma.

Yo permanecí prudentemente oculto, tendido en el fondo de la lancha, aunque encogido para cortar las cuerdas que sujetaban mis tobillos. De repente, percibí un extraño sonido.

Asomé la cabeza prudentemente por la borda. Entonces vi una cosa que heló la sangre en mis venas.

Algo avanzaba raudamente hacia Slattery, dejando una ligera estela en su rápido movimiento de avance. Slattery, malherido, se movía con grandes dificultades.

Era un saurio gigantesco, cuya longitud calculé en no menos de diez metros. Un ejemplar verdaderamente terrorífico, cuya sola contemplación causaba espanto. Sin duda, era un animal muy viejo, lo que le había permitido alcanzar unas dimensiones que ya no eran comunes entre las bestias de su especie.

Slattery lo vio y gritó horriblemente. El saurio cargó con toda su potencia.

En el último instante, Slattery quiso golpear su morro con los puños. El saurio cerró su bocaza de golpe.

Un indescriptible alarido hendió la noche. Yo sentí que se me erizaba el vello. De un solo golpe, el saurio había amputado los dos brazos de Slattery.

Se oyó un gemido que no tenía nada de humano. El reptil atacó de nuevo. Esta Vez, Slattery fue decapitado limpiamente.

Los movimientos de la bestia agitaban la lancha, hasta el punto de que temí fuera a volcar en más de una ocasión. Pero las aguas se tranquilizaron muy pronto.

Entonces, volví los ojos hacia la isleta.

Había allí una linterna, en el suelo. Amanda Cordwainer estaba arrodillada junto a un hoyo abierto en la tierra firme. Con las manos, sacaba algo del hoyo y lo arrojaba en una bolsa de recio tejido.

Un poco más allá divisé una pequeña balsa de goma. Empecé a comprender la verdad de lo que sucedía.

Por un momento, me sentí tentado de utilizar la pértiga, pero decidí esperar. Amanda no me había visto. Si descubría mi presencia en aquel lugar, utilizaría el rifle que había llevado consigo.

Ella continuaba absorta en su tarea. De repente, vi algo que me hizo desfallecer.

El monstruo ascendía por la tierra firme, silenciosamente, sin causar el menor ruido. Quise gritar, traté de avisarla del inminente riesgo que corría, pero sólo pude emitir un ronco sonido que no tenía nada de humano.

En el último instante, Amanda pareció presentir el peligro y se volvió. Un horrible chillido brotó de sus labios. Y, al ponerse en pie, el saurio volvió a morder.

Amanda cayó, revolcándose horriblemente. Arrojaba torrentes de sangre por el lugar en donde había estado su pierna, cortada más arriba de la rodilla. El saurio atacó de nuevo y mordió la otra pierna, cerca de la cadera.

Pero esta vez, sus dientes hicieron la presión justa para arrastrar la presa. Amanda lanzaba horripilantes alaridos, mientras intentaba asirse con las manos a la tierra, esforzándose en vano por buscar un asidero. Aunque lo hubiera encontrado, el resultado habría sido el mismo; estaba condenada a una horrible muerte.

Continuó gritando, hasta que desapareció bajo las aguas.

Entonces, me arrodillé en la lancha y busqué la pértiga. Casi en el mismo momento, sonó la voz de June:

—¡Neil! ¡Neil!

Volví la cabeza. Otra lancha avanzaba sobre la ciénaga, impulsada por la pértiga que Frampton movía eficazmente. June estaba en la proa, con un gran farol en las manos. —Estoy aquí —contesté.

* * *

Las monedas de oro brillaban en el viejo cofre, de hierro ya oxidado, situado sobre la mesa de la oficina de Frampton.

—Todo tiene ahora una explicación muy sencilla —dijo el comisario—. El tesoro existía y Slattery lo encontró. Tenía que aprovecharse de él, pero, legalmente, no podía, puesto que pertenece comunitariamente a Sweetville. Si hubiera anunciado su descubrimiento, ese tesoro debería haber sido empleado en beneficio de la ciudad. Lógicamente, no le convenía, y más si tenemos en cuenta el deficiente estado de sus finanzas.

—Yo también podría decir algo parecido —sonrió June.

—Son dos casos diferentes —calificó Frampton—. Bien, el caso es que

Slattery aprovechó la existencia del saurio para tenerlo como guardián del tesoro. Algunos concibieron sospechas sobre el caso y Slattery los eliminó fríamente,, con la ayuda de Amanda y de Rudolph, éste absolutamente fiel al asesino y que habría hecho cualquier cosa que le ordenasen. En cambio, Amanda actuaba por interés.

«También ella sabía que había un tesoro. No le había sido fácil averiguarlo. Hechizó a Slattery y éste se lo contó todo. Durante una temporada, Amanda se comportó con normalidad, pero cuando se dio cuenta de que el caso estaba a punto de estallar, decidió huir, con el oro, naturalmente. Por supuesto, su hermana, Abbie, le ayudaba... Abbie fue la que avisó de las intenciones de Shagg y Buxley y, como es de suponer, pensaba obtener su parte en el botín. Las cosas, por fortuna, no salieron como habían planeado.

—Slattery empleaba la cometa para amedrentar a las crédulas gentes de Sweetville —dije.

—Sí, y en ello colaboraba también Abbie, de acuerdo con los dos, extendiendo la leyenda de que cuando se veía el fantasma, alguien tenía que morir. Y, como sucedía realmente, los habitantes de Sweetville estaban aterrados.

—Pero ello no impidió que algunos quisieran destruir al monstruo.

—No lo consiguieron —respondió Frampton lacónicamente.

—Y el saurio continúa en la ciénaga —dijo June.

—Debió llegar hace muchísimos años, cuando era de un tamaño notablemente inferior. Aquí se encontró a gusto; no le faltaba alimento... Pero ahora habrá que pensar en serio qué solución damos a ese problema.

Miré a la chica.

—Sobre todo, cuando inicies los trabajos de desecación —dije.

—Empezarán muy pronto —aseguró ella.

Volví a contemplar el tesoro. Estaba compuesto por monedas de oro de cincuenta dólares, acuñadas un par de años antes del estallido de la Guerra de Secesión.

—¿Cuántas monedas hay? —pregunté.

—Unas tres mil. Según la leyenda, se escondieron cinco mil. Slattery ha debido gastar, en sucesivas ocasiones, alrededor de dos mil. Cien mil dólares en su valor facial... pero el histórico hace que la cifra resulte ampliamente superada. Aquí tenemos ciento cincuenta mil dólares, pero quizá, el importe, según la cotización numismática, se acerque mucho al millón.

—Y pertenece a Sweetville.

—Sin ningún género de dudas.

—Queda todavía otro problema por resolver —dijo June.

Los dos nos volvimos hacia ella.

—El saurio —añadió.

—Es un problema peliagudo, en efecto —convino Frampton—. Pero, me imagino, algún importante zoológico tendrá mucho interés en llevárselo.

Enviarán personal experto para capturarlo, no cabe la menor duda.

—Y, además, lo agradecerán —sonreí.

—Sí, que se lo lleven lejos de nosotros —exclamó el comisario—. Aunque no fuese suya la culpa, porque, al fin y al cabo, ese animal obedecía a los instintos de su propia naturaleza, nos ha causado un mal infinito.

—Supongo —dije— que Rudolph y la señora Lowry tendrán que someterse a la acción de la justicia.

Frampton movió la cabeza hacia el interior.

—Están ahí, cada uno en su celda. Tendrán que responder de cargos por complicidad en asesinatos —manifestó.

Yo miré a June.

—Creo que nosotros hemos terminado —sugerí.

—Sí, vámonos, Neil.

Alargué la mano hacia el comisario.

—Volveremos a vernos, Abe —me despedí.

—Seguro —rió Frampton.

* * *

Regresé a Sweetville algunos mese más tarde. Bajo el brazo llevaba un libro en el que todavía, como suele decirse, estaba fresca la tinta de imprenta.

El aspecto de la ciénaga había cambiado radicalmente. En alguna parte, se oía el ruido de un tractor en funcionamiento. Ahora el suelo estaba seco y sólo por el centro corría un reguero de agua que se dirigía hacia el sudoeste, para acabar en las aguas del río Chattahoochee, a pocas millas de distancia. A lo lejos, se divisaba el terraplén con el camino, partido en dos por el puente.

El tractor se acercó, remolcando un gran arado. Era indudable que se removía la tierra, a fin de prepararla para la próxima siembra. En el puesto del conductor, vi un rostro conocido, debajo de un ancho sombrero de fibra.

June me vio y agitó una mano, para detener el tractor y saltar a tierra a continuación. Corrió a mi encuentro y me agarró por los brazos, mientras me miraba con gesto lleno de reproche.

—Eres un pequeño canalla —dijo.

—¿Por qué? —me sorprendí.

—Tu editor me envió el libro. Sólo entonces he sabido que te apellidas Slattery. Eakin es el apellido de tu madre y lo empleas para firmar tus libros.

—Mi editor es un chivato —dije—. Yo quería darte una sorpresa.

—Pudiste decírmelo antes, ¿no?

—Bueno... por el momento, prefería callar. En realidad, Víctor y yo éramos parientes lejanos, descendientes del tatarabuelo Henry. Este tuvo dos varones, pero el menor se separó pronto y fundó su propia familia. Los descendientes perdieron el contacto con los que quedaron en Sweetville y nosotros crecimos ajenos por completo a esta rivalidad de clan, que no tenía ningún sentido ya para nuestra rama familiar.

—En tal caso —dijo ella—, Slattery House te pertenece por herencia, Neil.

—Pertenece a mis padres, que aún viven, por fortuna, y ellos decidirán qué se hace con la propiedad —contesté—. Y tú, ¿qué proyectos tienes?

—Ya ves: voy a convertirme en una granjera. El Banco me ha hecho un préstamo y tengo que trabajar mucho, si quiero devolverlo.

—Necesitarás empleados —dije.

—Por ahora no puedo pagar salarios...

—Yo no te cobraría nada. Es más, puedo invertir dinero. El libro promete ser un éxito. Incluso estoy en tratos para que sea llevado al cine. Eso te libraría de tu dependencia con el Banco.

—Y tendría que depender de ti.

—Si quieres dar por terminada la enemistad entre los Slattery y los Rutledge... la dependencia sería recíproca... justamente la que hay entre marido y mujer.

June sonrió deliciosamente.

—Creo que ya es hora de dar por acabada una rivalidad que empezó hace más de doscientos años —concordó.

FIN